
3 1761 09546665 2

ANTONIO RAMOS MARTIN

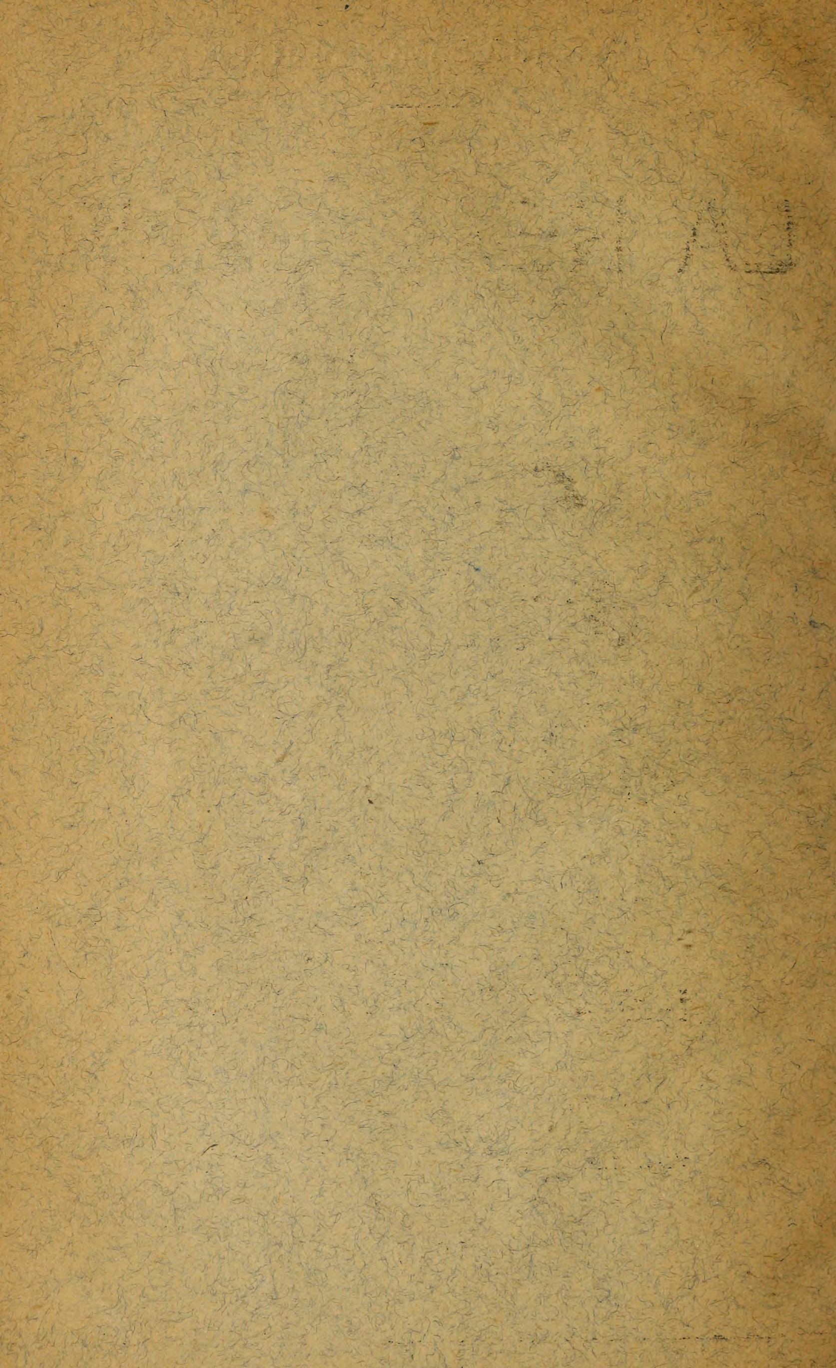
LA REAL GANA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1915





LA REAL GANA

SAINETE

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTÍN

Estrenado en el TEATRO CÓMICO el 16 de Junio de 1915

(Caricaturas de Fresno)



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
TELÉFONO NÚMERO 551
1915



A Loreto Prado y a Enrique Chicote, por admiración, por afecto, por... en una palabra, por que me da **la real gana.**

Antonio Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SALUSTIANA (La Bigotes)........	Loreto Prado.
PETRA........................	Araceli Sánchez-Imáz.
SEÑOR AVELINO...............	Enrique Chicote.
ROBUSTIANO...................	José Soler.
IGNACIO........................	Julio Castro.

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO UNICO

Sala modesta en casa de Avelino. Puertas laterales. Al foro ventana que da al patio. Al foro izquierda una cómoda y sobre ella algunos retratos con marcos, floreros con flores de trapo y un espejo de mano. En el centro un velador, sillas de Vitoria. Es en invierno.

(Al alzarse el telón está sentado en una silla ROBUSTIANO. AVELINO va de un lado para otro dando señales de gran excitación. Es hombre de unos cincuenta años. Lleva pantalón de pana y el mandil propio de los carniceros. Su amigo representa próximamente la misma edad.)

Rob. Vamos, Avelino, tranquilízate, que no es pa ponerse de esa manera.

Avel. Pero, ¿es que tú también vas a defender a ese sinvergüenza, a ese golfo, a ese...?

Rob. ¡Que estás hablando de tu hijo!

Avel. (Con indignación.) Ese ya no es hijo mío; no es dizno quien hace esa ación de llevar el apellido Pérez, por ninguna parte que lo mires. Ná, hombre; que no tié disculpa!

Rob. No te acalores de ese modo, que parece que va a darte algo.

Avel. ¡Que me dé, me tié sin cuidao! ¡Pa las porquerías que ve uno en este cochino mundo!...

Rob. ¡Hombre!

Avel. (Levantando la voz gradualmente.) Sí; cochino, indecente, asqueroso.

Rob. Que van a creer que me estás insultando.

Avel. ¡Que lo crean! Hoy es uno de esos días en que tóo me se da dos pimientos.

Rob. Yo comprendo tu indiznación; pero tóo tiè sus límites. Además, lo que ha hecho tu hijo es una cosa propia de la juventud y de la falta de razocinio.

Avel. Mira, Robustiano, no sigamos hablando que va a ser peor. (Pausa.) Pero ¿es que a ti te parece bien que me traiga un nieto sin haberse pasao antes, ni por la Vicaría, ni por la Iglesia? Tóos en mi familia hemos sido padres; mi padre lo fué; mi abuelo lo fué también; pero después de saludar al cura y de oir el vobiscum, y este niño mío, no; se ha pitorreao de la Vicaría, se ha olvidao de la Iglesia y se ha chinchao en el vobiscum. ¿Por qué ha hecho esto? ¿porque le ha dao la real gana?, pues en esta casa no hay más real gana que la mía. ¡Ah! y que no se les ocurra llamarle Avelinito cuando le bauticen, porque le quito el santo de una bofetá. ¡Hay que ver! ¡Un niño de extrangis! ¡Hacer una cosa de esa importancia sin pedir permiso a su padre! ¡Descastao! Críe usté hijos pa que luego le den a uno ese pago.

Rob. Yo me pongo en tu caso y comprendo tóo lo que me dices, y hablando con Inacio, hasta le he afeao su ación; pero es lo que él dice: Esto ya no tié remedio, no lo voy a tirar a la calle. ¿Qué querías tú, que lo hubiera metido en el torno de la Inclusa?

Avel. Entonces sí que lo mato de una paliza.

Rob. A ver... Tu hijo ya no pué hacer más que cargar con el crío y a lo hecho... biberón.

Avel. Me parece que no es esta ocasión pa que te me vengas con chistecitos que no me hacen maldita gracia. ¡Un nieto! ¡Un Pérez de matute! Y hasta serán capaces de que la criatura se parezca a mí.

Rob. En el carázter ná más; se pasa rabiando tóo el santo día. Coge cá perra que deja sorda a la vecindá.

Avel. Pero en el físico, ¿a que también me se parece?

Rob. En ná absolutamente; es rubito, con los ojos muy azules y la carilla muy alegre: igual

que la madre de la Petra ha salido a su abuela materna.

Avel. ¿La Petra?... ¡Valiente peine!

Rob. No, Avelino, eso no: la Petra es una chica muy buena, muy formal y muy honrá, que ha tenido una distración impensada; pero de ella no tié nadie que decir ni tanto así. Este ha sido un desliz propio de los veinte años, pero que lo está llorando con lágrimas muy salás, y desde que la chica se notó... lo que se notase, se encerró en su casa y nadie la ha visto el pelo. Además, es una muchacha a la que no se la ha conocido más novio que tu hijo: ninguno pué decir que ha gastao una broma con ella, ni se la visto en un baile... en una palabra, es una soltera honrá que ha tenido un hijo.

Avel. (Después de una pausa.) ¿Y de modo que el chico tié ya un mes?

Rob. Entodavía no; no lo cumple hasta el día diecisiete a las cuatro y cuarto de la madrugá.

Avel. ¿Y no lo han bautizao?

Rob. No, porque ellos quieren antes... vamos, si es que tú no te pones cabezota... quieren...

Avel. ¡Acaba de una vez! ¿Qué es lo que quieren?

Rob. Casarse.

Avel. ¡A buena hora se acuerdan de la pístola!

Rob. Y sólo aguardan tu consentimiento.

Avel. ¿Mi con qué?

Rob. ¡Tu consentimiento!

Avel. Vamos, hombre, que se les quite de la cabeza. Antes me hacen picadillo y me venden pa almóndigas. ¿Mi consentimiento? ¿Me lo han pedido antes pa traer un rorro a este mundo? A este agüelo no se le cae la baba con ese nieto. Y en cuanto a mi hijo, que no se haga ilusiones que pa mí como si se hubiera muerto, así que... R. I. P. pa toa su vida.

Rob. Bueno, hombre, bueno; allá tú. Yo ya te he dicho tóo lo que creía que debía decir.

Avel. Y ahora hazme el favor de llamar a Inacio que está ahí dentro y dejarme a solas con él, que antes cuando me dijo... lo que me dijo, no supe contestarle bien y me se han

quedao dentro seis o siete barbaridades, y que si no las suelto, voy a reventar como un triquitraque. Anda, llámale.

Rob. Le llamaré... (Yendo hacia la puerta y volviendo.) Pero no te olvides de que es tu hijo...

Avel. Miá que eres pelma; ya sé que es mi hijo.

Rob. Y no le vayas a pegar, que es ya un hombre.

Avel. ¡Si no le pego!

Rob. Que tú cuando te pones a no saber lo que haces...

Avel. (Con impaciencia.) ¡Y dale!

Rob. Que tóos hemos sido jóvenes y...

Avel. Pero ¿le llamas tú o le llamo yo?

Rob. ¡Voy, hombre, voy! No te arremolines. ¡Gachó, qué genio! (Entra por la puerta de la izquierda. Avelino se pasea por la habitación comiéndose las uñas de rabia. Aparece IGNACIO por donde salió Robustiano. Es un muchacho de unos veinte años; viste como Avelino. Viene cabizbajo.)

Ign. ¡Padre!

Avel. ¡Vaya un papá!... (Yendo hacia él en actitud amenazadora, pero conteniéndose con esfuerzo.) Calma, Avelino, calma; no vayas a dejar huérfana a una criatura.

Ign. (Con humildad.) Me ha dicho el señor Robustiano que me llamaba usted.

Avel. Que te llamaba sinvergüenza. ¿A que eso no te lo ha dicho?

Ign. Me lo ha dao a entender ná más.

Avel. Pues yo te lo digo. (Alza la mano para pegarle, pero lo piensa mejor y se rasca la cabeza Ignacio que ve venir el golpe se tapa la cara con el brazo.) No te asustes que no te voy a pegar.

Ign. Si no me asusto.

Avel. ¿Y cómo teneis al chiquitín?

Ign. ¡Padre!

Avel. ¿Ha echao ya algún diente?

Ign. ¡Padre!

Avel. ¿Te parece a ti bien haberme hecho agüelo en la flor de mi edad? ¿Con qué cara le digo yo ahora un chicoleo a una parroquiana, pa que me conteste que me vaya a destetar al nieto? Responde.

Ign. Yo, padre...

Avel. No te me disculpes, que no me convences;

estarme engañando nueve meses, si es que el chico no es sietemesino.

Ign. (Con cierto orgullo.) Es de su tiempo.

Avel. Ya sabes que yo te venía diciendo que te encontraba preocupao y que más de un capón te he dao por despachar la carne corrida del peso; pero es lo que yo me decía: algún entretenimiento sin consecuencias; pero ¡rediez con el entretenimiento! Y que las consecuencias han sido de las de ama de cría. ¡Yo que creía que eras un santo padre que vendía chuletas! Gachó, padre sí; pero de santo, ni tanto así.

Ign. Mire usté que...

Avel. (Cortándole la frase rápidamente.) Y con mi consentimiento, desde ahora no cuentes. Pa mí ya has acabao; pero ¿cómo? de una vez. Desde este momento estás despedido de mi casa; ya has dejao de ser el dependiente principal; ya no vuelves a cortar ni cuarto quilo de longaniza en mi establecimiento. Ya he hecho bastante sacrificándome por ti tantos años y dándote un oficio con el que puedas ganarte los garbanzos. He hecho lo que debe hacer un padre de verdá, ¡de verdá! ¿Lo entiendes bien? ¡de verdá! Porque pa ser padre de verdá es necesario que cuando nazca un chico le puedan poner en la partida de bautismo un legítimo así de grande. Un hijo natural, será tóo lo natural que tú quieras; pero a mí eso de que un chico pueda coger una perra en la iglesia el día de la boda de sus papás, me resulta muy modernista y muy sicalítico.

Ign. Escúcheme usté un momento.

Avel. (Cortando la interrupción.) Ya sabes que tu padre tié en vez de cabeza un adoquín de los de empedrar las calles y ahora le ha nacido otro en el corazón, y ni con suspiros, ni con lagrimitas, ni con pucheros me vais a ablandar. En esta casa soy el amo y aquí no se hace más que mi real gana. Y hazme el favor de decirme algo, de no estar tan callao, que nesecito que me contestes pa que me des motivo pa decirte más cosas, que hablando solo me se seca la campanilla, me

se hace un estropajo la lengua y me hago un lío y me atarugo. Conque habla.

Ign. (Con energía.) Pues sí, señor, que le voy a decir a usted...

Avel. Tóo lo que quieras, pero pronto...

Ign. Yo estoy en relaciones con la Petra...

Avel. Relaciones ilícitas... i... i... si no que hable el chico.

Ign. Bueno, lícitas o ilícitas, el caso es que estoy en relaciones con una mujer y que tengo un hijo, y que será tó lo natural que usté quiera, pero que al fin y al cabo es un hijo, y usté que ha dicho hace un momento tóo lo que se ha sacrificao por mí, comprenderá que yo estoy en el mismo caso, que tengo que trabajar pa que no le falte nada, pa criarle lo mejor que se pueda, pa darle una educacion y pa enseñarle un oficio que le haga el día de mañana un hombre de provecho. (Varias veces intenta Avelino inútilmente interrumpirle, dando señales de gran impaciencia.) Y como su madre, es decir, la Petra, es muy honrada y sé que me quiere con toda su alma, debo de hacerla mi mujer y vivir con ella como Dios manda. (Cada vez con más resolución y más energía.) Estas cosas las he de conseguir a fuerza de fuerzas, y ya que usté me echa de su casa, a otra carnecería me voy, y si allí no estoy considerao como el hijo del dueño, lo estaré como el criao del amo, y barreré la tienda, y fregaré los cristales, y despacharé como cá hijo de vecino, y si no puedo vivir en un principal, viviré en la guardilla, y si no como chuletas, comeré patatas toda mi vida, y si me falta tabaco, me chuparé el dedo; pero yo me caso, me caso y me caso.

Avel. (Pegando un puñetazo en la mesa.) Tú, tú; echa el freno, que te se sale el trole, y que yo te he dicho que me dijeras algo, pero no que me echaras un discurso. Ni te vas de mi casa, ni friegas cristales, ni agarras la escoba,, ni comes patatas, ni te chupas el dedo; pero tampoco te casas, porque a tu padre no le da la gana.

Ign. (Con energía.) Eso sí que no; yo me caso.

Avel. ¡Quiá!

Ign. ¡Que sí, señor!

Avel. (Incomodado.) Di conmigo que nones.

Ign. Yo he dicho a una mujer que me caso y soy un hombre que cumple su palabra.

Avel. Mira, Inacio, no me alces la voz, que eres mi hijo.

Ign. Es que yo estoy defendiendo al mío.

Avel. Que te hablo por tu bien.

Ign. Y yo por el de él.

Avel. Aquí no hay más padre que uno, que soy yo y que te mando que no te cases.

Ign. ¡Y yo por primera vez en mi vida le tengo que desobedecer a usté!

Avel. (Fuera de sí.) Mira, Inacio, que si te doy una bofetá te meto en el tabique.

Ign. ¡Y salgo del tabique pa casarme!

Avel. ¡Inacio! (Con verdadera cólera.)

Ign. ¡Padre!

(Avelina se abalanza sobre Ignacio al tiempo que aparece ROBUSTIANO por la izquierda.)

Rob. Pero ¿es que sus habéis vuelto locos o que queréis que se entere toa la vecindad de lo que aquí pasa? ¡A callar tóo el mundo!

Ign. Yo ya no digo ná. (Se sienta en un extremo de la habitación, ocultando la cara entre las manos.)

Avel. Pues yo digo...

Rob. Tú tampoco debes decir, que ya has hablao bastante.

Avel. Dos palabras na más y me bajo a la carnecería. (Se acerca a Ignacio y le pone una mano en el hombro.) Oye, Inacio: tú ya conoces a tu padre; a buenas, donde quieras; pero a malas, hago lo que los borricos: meto la cabeza entre las patas y no hay quien me haga andar, y si a mano viene arreo un par de coces.

Rob. Así me gusta, que te conozcas.

Avel. Bueno, pues ya sabes lo que te he dicho: si sigues emperrao en casarte contra mi voluntad, yo pa ti y pa tóos los tuyos como si me hubiera muerto; le pones al niño un quiquiriquí negro y sanseacabó. Y no digo más. Piénsalo bien y decídete de una vez. Conque lo dicho, dicho. Y te agradeceré que si te vas a ir, te vayas pronto. (Ocultando la gran emoción que siente.) Y si no estás aquí

cuando yo suba, mejor. Tu cariño me importa un pimiento... menos aún, un rábano... menos todavía, un comino. (Se va por la derecha para ocultar una lágrima que se le quiere escapar.)

Ign. (Señalando, despues de una pausa, con gran tristeza hacia la puerta por donde salió el señor Avelino.) ¡Señor Robustiano!

Rob. ¿Qué hay?

Ign. ¿Ha visto usté?

Rob. Y le he oído.

Ign. ¡Cómo me ha puesto!

Rob. Como un guiñapo.

Ign. Y yo que creí que no iba a ser más que el pronto.

Rob. Pues ha sido el pronto y el tarde. Yo he hecho cuanto se puede hacer por un amigo; pero ¡rediez! no creí que se iba a poner como se ha puesto.

Ign. Es mucho genio el de mi padre.

Rob. ¿Y ande está la Petra?

Ign. En el piso de abajo, en casa de la señá Antonia; la dije que me esperase, que yo la llamaría después de hablar con mi padre y de contárselo tóo. Tenía pensao que cuando se fuera ablandando se presentasen la madre y el hijo; pero gachó, si se llegan a presentar se los come.

Rob. ¡No esageres!

Ign. Si se ha puesto como una furia.

Rob. Tú lo que vas a hacer ahora es llamar a la Petra, que me se ha ocurrío una cosa pa arreglarlo tóo.

Ign. Vamos, hombre, usté no está bueno. ¿La Petra aquí? ¿Pa que suba mi padre y se arme la gorda?

Rob. Si no haces lo que te digo, doy media vuelta y allá os las arregleis vosotros.

Ign. (Casi suplicante.) ¡No, eso no!

Rob. Pues llámala.

Ign. ¡Que usté es el responsable!

Rob. Lo soy.

Ign. (Va hacia la ventana pero al ir a abrirla se detiene.) Aquí lo malo es si ha venido con ella la señá Salustiana, su hermana la mayor, que ya sabe usté el genio que tiene y como se

entere de que mi padre no quié que yo me case con la Petra, es muy posible que haiga una catástrofe.

Rob. No será tanto.

Ign. Usté no conoce a la señá Salustiana, la bigotes, es una mujer que en la plaza de la Cebá tié asustaditas a todas las verduleras, y los guardias la saludan con el casco como si talmente fuera Alanís. Es una fiera que en diciendo allá voy, no hay na que la detenga. Tié un genio que ríase usté del de mi padre y si se encuentran y se lían de palabras... no quedan ni las piltrafas.

Rob. Tú llama a la Petra; que ya te he dicho que me se ha ocurrido la manera de arreglarlo.

Ign. Pero, ¿y si está la hermana?

Rob. ¡Mejor!

Ign. Es que...

Rob. Llámala te he dicho.

Ign. Allá usté. (Abre la ventana y se asoma después de alguna vacilación.) ¡Señá Antonia! ¡Señá Antonia!

Voz (Dentro.) ¿Qué quiés, Inacio?

Ign. Que diga usté a la Petra que ya pué subir.

Sal. (Con voz muy desentonada.) En seguidita vamos.

Ign. (Cerrando la ventana de golpe.) ¡Reconcho! La hermana. Ahora sí que la hemos hecho, señor Robustiano. ¡Esa mujer aquí!

Rob. No te apures, hombre.

Ign. Pero, ¿qué es lo que quié usté hacer? Que yo lo sepa.

Rob. ¡Que hablen con tu padre!

Ign. ¡Con mi padre! ¡Usté quié que mañana salgamos toos retrataos en los papeles!

Rob. Lo que yo quiero es que te calles y na más.

Ign. Pero...

Rob. ¿Tú te fías de mí?

Ign. Sí, señor.

Rob. Pues entonces a obedecer.

Ign. Es que yo... (Suena la campanilla.) ¡Ya están ahí!

Rob. Corre a abrir.

Ign. En seguida. (Vase por la derecha.)

Rob. ¡Vaya si los arreglo!

Sal. (Dentro.) Vamos, chica, ¿entras o te doy dos bofetás?

Ign. (Dentro.) Entra que estamos solos.

Sal. Pero, ¿quiés pasar, so pánfila? (Aparecen SALUSTIANA, PETRA e IGNACIO. Petra entra en escena a impulsos de un empujón. Salustiana es mujer de unos treinta y cuatro años, tiene cara de pocos amigos y en el labio superior la sombrea un bigote más que regular. Viene desgreñada y con la cesta de las verduras al brazo. Su hermana por el contrario es una muchachita tímida, que no levanta los ojos del suelo. Trae mantón y tapado con él un niño en pañales.)

Petra Buenos días.

Sal. Muy buenos. (Dejando en el suelo la cesta de las verduras.)

Rob. (A Petra.) ¿Qué hay, mujer?

Petra (Gimoteando.) ¿Qué quié usté que haya? Si he oído to lo que decía el padre de éste; como hablaba a gritos se le entendía perfectamente. ¡Ya ve usté lo que piensa de mí! ¡Cree que soy una de tantas! ¡Una perdida! (Echándose a llorar con gran desconsuelo.)

Rob. Vamos, Petra.

Ign. No llores, mujer.

Sal. Cállate y no me inrites más, que ya tengo la sangre achicharrá, la hiel revuelta y el veneno que me ahoga y como me se acaben los dos cominos de paciencia que Dios me ha dao, y como me olvide de que soy una señora, antes de diez minutos han enarenao las calles pa sacar la Guardia civil.

Ign. ¡Por Dios, señá Salustiana!

Sal. ¡Qué señá Salustiana, ni qué carabina! ¿Crees tú que lo que pasa es pa echar un discurso? No, señor, es pa gritar, pa chillar, pa alborotar y pa empezar a tortas, a cachetes, a bofetás, a mordiscos, a capones y a moquetes con toa la humanidad.

Rob. Pero, ¿me quiere usté oir?

Sal. Ahora, no; cuando me desahogue un poco, que si no reviento. Y cuando yo coja al padre de éste, le agarro así por las solapas, (Cogiendo a Robustiano.) y le digo: Oiga usté, so tío salchichero, ¿es que cree usté que por su cabezoná se va a quedar una mujer sin marido y un padre sin hijo? ¡Quiá, hombre, aquí está Salus, la bigotes, pa evitarlo y

aunque no tengo educación sé de cosas de caballería mucho más que algunos que presumen de caballeros, y si usté es carnicero, yo soy verdulera y a mucha honra y si usté vende chuletas, yo las reparto gratis y soy más fresca que esta lechuga (Cogiendo una de la cesta.) y sé acordarme de los ajos cuando hace falta. (Con una ristra de ellos.—A Petra.) Y tú, ¿dejas de llorar o te planto los cinco dedos en la cara?

Ign. Pero...

Sal. (Con intención de pegarle.) Y a ti también.

Rob. Mujer es que...

Sal. (Idem.) Y a usté, ¿qué hay?

Rob. Nada.

Sal. Creí que había. (Se sienta, mejor dicho se deja caer en una silla.)

Rob. Sí que tiene usté un geniecito...

Sal. Es que no dejo que me tome nadie el flequillo y si no que se lo diga a usté el guardia de Orden público 3.418 que hoy día tie tres agujeritos en la nariz, en vez de dos que tenemos las demás personas. El tercero se lo hizo una servidora. Y al municipal 12.148, porque me dijo que retirara el puesto, le aticé el otro día un patatazo que le ha salido un chichón que le hace llevar el casco de costadillo y así le podía citar a usté noventa casos. Me llaman Salus la bigotes por esta miaja de bello que me ha salido en el labio de arriba; bueno, pues éste me juego, a que ésta se casa con éste o a que se cierra una carnecería por defunción del dueño, de los dependientes y de los parroquianos.

Ign. (A Robustiano.) ¿Ha visto usté?

Rob. (¡Cállate!) Pues les he llamao a ustés porque quiero que esto se arregle amistosamente, sin gritos, sin escándalo...

Sal. Le advierto a usté que a mí lo mismo me da arreglarlo a trastazos.

Petra ¡Salús, por Dios! (Gimiendo.)

Sal. (Remédándola.) ¡Salus, por Dios! Parece mentira que seamos hermanas.

Rob. Usté me deja que lo arregle yo.

Sal. Igual me da.

Ign. Pues usté dirá qué es lo que tenemos que hacer.

Rob. Vereis. Tu padre, aunque a primera vista parece bruto...

Sal. ¿A primera? Y a segunda y a tercera y a cuarta.

Petra ¡Por Dios, Salús!

Sal. Siga usté.

Rob. El señor Avelino es un pedazo de pan.

Sal. ¡Un pedazo de pan!

Rob. Sí, señora.

Sal. Pero no se olvide usté de que el pan puede ser de muchas clases: una alcachofa de Viena, un cacho de rosca, un mendrugo o un zoquete y eso es el señor Avelino, un zoquete que pa meterle el diente hay que hacerle migas.

Rob. O rallarlo y de esto me encargo yo.

Ign. ¿Cómo?

Rob. Pues muy sencillo. Haciendo na más que lo que yo os diga.

Petra Tóo lo que usté nos mande.

Rob. (A Ignacio.) Tú bajas ahora a la carnecería y le dices que suba que le están esperando dos caballeros pa hablarle de un asunto reservao y muy urgente, y ustés, (A Petra y a Salus.) cuando llegue, le reciben muy afeztuosas y le dicen que vienen a tranquilizarle porque ésta ya no se quié casar con su hijo.

Petra (Con gran extrañeza.) ¿Qué dice usté?

Ign. (Idem.) ¡Señor Robustiano!

Sal. ¿Y era así como iba usté a arreglar este asunto? ¿Arreglar? Ni un par de botas arregla usté.

Rob. (A Ignacio.) Tú haz lo que yo te digo, que de lo demás me encargo yo.

Ign. ¿Pero?...

Rob. ¡Ah! Y cuando vuelvas, después de entretenerte como una media hora, le dices que lo has pensao y que ni atao te casas.

Sal. Pues sí que es usté un tío pa arreglar matrimonios.

Ign. Yo no le digo eso.

Petra ¡Pero señor Robustiano!

Sal. ¡Sí que debía usté poner una agencia de matrimonios!

Rob. No amontonarse y hacerme caso. Tu padre es muy terco y muy amigo de llevar la contraria a tóo el mundo. Basta que digas blanco pa que él diga negro, y yo estoy seguro de que en cuanto le digais que no os quereis casar, os lleva de una oreja a la iglesia y hasta le pega al cura si no os echa la bendición en seguida.

Ign. Usté cree...

Rob. Estoy segurísimo. Le conozco hace muchos años.

Petra Pero, y si...

Rob. Anda, baja, Ignacio.

Sal. Sí, hombre, que si esto falla, ya diré yo cómo lo vamos a arreglar.

Ign. ¿Y no le digo ná más?

Rob. Ná más.

Ign. Bueno... (Besa al chico.) Hasta luego. Pero yo no creo...

Rob. ¿Quiés bajar de una vez?

Ign. Voy, voy. (Vase, por la derecha, dudando del éxito dela conferencia.) ¡Me parece a mí!...

Sal. (A Robustiano.) Y nosotras. ¿Qué es lo que tenemos que hacer?

Rob. Usté nada. Esta dejar esa cara de monja boba y poner una así como de heroína de Zaragoza.

Petra Yo...

Sal. ¿Quié usté que sea yo la heroína?

Rob. No, ésta. Aquí se trata de representar una comedia pa el bien de tu hijo.

Sal. ¡Una comedia! Yo he trabajao dos veces en funciones de aficionaos y me pinto sola pa hacer dramas.

Rob. No, aquí sólo se trata de que haga ésta too lo que yo la mande.

Petra Yo... no sé si sabré.

Rob. Pues ties que guardarte las lágrimas en el bolsillo del delantal y mirar al señor Avelino frente a frente sin achicarte.

Sal. Eso; ¡y si te quié pegar le atizas una patá en la espinilla!

Rob. No, mujer, no hay que ponerse en lo peor. Ya está ahí el señor Avelino.

Petra (Asustándose.) ¡Ay!

Sal. (Decidida a todo.) ¿Dónde?

Rob. No es más que un ensayo.

Petra ¡Ah!

Sal. Yo también me lo había creído.

Rob. Se indiznará; tal vez que te diga algo feo; no será estraño que le llame algo denigrante al chico, pero tú te creces, le sueltas too lo que te se ocurra para acabar diciendo que ya no quiés casarte con Inacio, que es muy poco pa ti y que se lo guarde en una cajita con dos bolitas de naztalina. Esto de la naztalina no te se olvide, que le hará mucho efezto.

Petra ¿Y ná más?

Rob. Ná más. Ya lo sabes; no te achiques; habla tóo lo que puedas, dos o tres gritos a tiempo, pegas unos cuantos puñetazos en la mesa y lo de las bolitas como final. Si lo haces así, antes de un mes eres la señora de Pérez.

Petra Yo veré si me salen todas esas cosas.

Sal. ¡Quiá! Seré yo la que tome la palabra y le diga tóo lo que ha dicho usté y algo más de mi cosecha.

Rob. ¡Ya está ahí! (Prestando atención hacia la puerta.)

Petra ¡Ya! (Con mucho miedo.)

Rob. (Marchándose de puntillas hacia la izquierda.) ¡Carácter, Petra, carácter! y usté, Salus, prudencia, mucha prudencia.

(Vase Al poco tiempo aparece AVELINO, que se queda sorprendido.)

Avel. ¡Petra! ¡Salustiana! ¿Ustés aquí?

Petra Sí, señor; nosotras.

Sal. Nosotras y éste. (Enseñando el niño.)

Avel. ¿Eso es un niño o media vara de salchicha blanca?

Sal. Es un niño, pero que le ha dao por salir a la familia de su papá.

Avel. (Conteniéndose.) ¿Y a qué han venido ustés?

Petra Yo, a hablar con usté.

Sal. (Por el niño.) Y éste, que se ha empeñao en conocer a su abuelito.

Avel. ¿Y se pué saber qué se les ha perdío a ustés en esta casa?

Sal. A ésta, un marido; a éste, un papá; y a mí, ná, vengo por cotillear.

Avel. Pues ese padre y ese marido...

Sal. Déjela usté hablar, luego contesta usté y después reztifico yo, lo mismo que si estuviéramos en el Congreso de los deputaos. Siéntese usté. (Sentándose ella.)

Avel. Estoy bien así.

Sal. Se va usté a cansar, porque la conversación es pa largo. Siéntate, chica. (Obliga a Petra a sentarse.)

Avel. (Sentándose también.) Me sentaré; pero despache usté cuanto antes, que tengo muchas cosas que hacer.

Sal. Anda, chica; ya pues empezar.

Petra Pues verá usté. (Empieza a llorar.)

Sal. Lagrimitas, no, hija, y como si empiezas con pucheros ese señor no se va a enterar bien, peroraré yo más claritamente que el agua de fregar y allá va. Usté, de seguro habrá pensao: Esta vie a suplicarme y a llorar, y no hay ná de eso; mi hermana es una mujer con diznidá, que no quié de limosna ni la honra de tener marido. Le conozco a usté y sé que, al saber que Inacio se quería casar con ésta, ha echao usté las patas por alto, y usté perdone que llame así a eso conque anda usté, pero no encuentro otro nombre más a mano y como se le ha metido a usté entre las virutas del piso alto que Inacio no se case con la Petra, no se casará y él se quedará al lao de su padre y esta criatura al de su madre y muy satisfecha de no tener papá, porque pa tenerlo como el de Inacio, más vale no tenerlo, créame usté a mí.

Avel. (Levantándose indignado, después de haberlo intentado tres o cuatro veces durante el párrafo anterior.) Ha de saber usté...

Sal. (Interrumpiéndole) En seguida acabo. Usté no se ha enternecido al saber que era usté ya agüelo. ¿Qué le vamos a hacer? Nadie tié la culpa de que en vez de corazón le haya puesto Dios un pedazo de asfalto.

Avel. Ya no aguanto más; paso por que llame usté patas a esto que pa mí son piernas, aunque alguna vez han dado una coz, y virutas a lo que yo creo que son sesos, porque más de una vez han pensao barbaridades; pero

de mi buen corazón nadie tié que decir ná y...

Sal. (*Sentándole violentamente*). Déjeme usté acabar; ya no tengo que decir más que una cosa pa tranquilizarle a usté. Usté no quié que Inacio se case con la Petra, pues ha llegao usté tarde, porque la Petra es la que no quié casarse con él.

Avel. (*Con verdadera sorpresa.*) ¿Que no quié usté casarse con Inacio?

Petra No, señor.

Avel. ¿Por qué?

Sal. Porque no la da la real gana. Conque ya está usté tranquilo, ya tié usté a su niño solterito y en estao de que venga una señora de la aristocracia, se enamore de ver cómo parte la ternera de morcillo y se lo robe a usté una noche en automóvil. ¡Ah, y cuídele usté mucho y guárdele en una cajita de peluche con dos bolitas de naztalina, un poco de alcanfor y cuatro o cinco granitos de pimienta pa que no se apolille, que sería una lástima que le saliesen agujeritos!

Avel. (*Con verdadera indignación.*) ¿Con naztalina mi hijo? ¿Inacio en alcanfor y con pimienta? ¡Es usté una señora, que si no!

Sal. ¿Qué iba usté a hacer? (*Creciéndose y desafiando a Avelino con la mirada.*)

Avel. Que está usté hablando con un hombre que tiene pelos en la cara.

Sal. (*Cogiéndose el bigotudo labio.*) También los tengo yo y con guías pa arriba.

Avel. ¿Pero es que me van ustés a dejar a mi hijo soltero y con un hijo... es decir, (*A Petra.*) se va usté a quedar?...

Petra Sí, señor; soltera y con un hijo.

Sal. Y a mucha honra.

Avel. ¿Se han creído ustés que en esta casa no se va a hacer más que lo que a ustés les dé la gana?

Sal. ¡Usté lo ha dicho!

Avel. Eso lo veremos. (*A Petra.*) Usté se casará con Inacio.

Petra No, señor.

Sal. Ha dicho que no.

Avel. ¡Y yo digo que sí! ¡Usté se casa con él y será usté mi yerna, como ese mi nieto!

Petra Que no me caso.

Avel. A testarudo no me gana nadie.

Sal. ¡Ni a ella tampoco!

Avel. (A gritos.) ¡Señá Salustiana!

Sal. (Idem.) ¿Qué hay, señor Avelino? (Avelino se contiene y se dá un paseo por la habitación. A Petra.) ¿Te parece que le pegue pa dar más verdá a la escena?

Petra ¡Salus, por Dios!

Avel. (Encarándose con Salustiana.) ¿Por qué no llevará usté pantalones?

Sal. ¡Los llevo, y con entredós! (Levantándose las faldas.)

Avel. ¡Si fueran de paña!...

Sal. ¡Pues si los de usté fueran con puntilla!...

Avel. ¿Qué me iba usté a hacer?

Sal. Chato de un puñetazo.

Avel. ¡Miau!

Sal. ¡Zape!

Avel. ¡Qué ejemplo está usté dando a esa criatura! (Por el niño que lleva Petra.)

Sal. Pa eso és mi sobrino.

Avel. ¡Sí que es usté una tía!

Sal. ¡Yo tía!... ¡Ay, que me da!... ¡Que me da!... (Se avalanza sobre Avelino y le echa las manos con intención de sacarle el pellejo a tiras; pero de pronto se deja caer en una silla presa de una pataleta, que sólo le sirve para pegar a Avelino.)

Petra ¡Ay, mi hermana!

Avel. ¿Qué le pasa?

Petra ¡El ataque! Téngame usté el niño. (Le da el niño.)

Sal. ¡Ay, ay, ay, ay!

Rob. (Que sale por la izquierda.) ¿Qué pasa?

Avel. Na; a ésta que le ha dao el arrechucho. (Salustiana sigue en plena pataleta, rodeada de Robustiano y Petra.)

Petra Paece que se tranquiliza.

Rob. Pero, ¿por qué ha sido?

Avel. Porque hemos disputao. ¿Querrás creer que no quié casarse la Petra?

Rob. Yo lo arreglaré.

Petra ¡Salus! ¡Salus!

Avel. Llevarla pa dentro, acostarla en mi cama y la haceis que huela un poco de vinagre.

Petra Sí, eso es lo mejor.

Rob. Pues ayúdame.

Avel. (Por el chico.) Yo ahora no puedo. (Entre Petra y Robustiano se llevan a Salustiana.)

Sal. (A Robustiano.) Me ha faltao tanto así pa dejarle tuerto. ¡Por éstas! (Vanse los trés: Salustiana presa todavía del ataque.)

(Vanse Salustiana, Petra y Robustiano. Avelino queda en escena con el chico.)

Avel. (Desde la puerta.) Hacerla una taza de tila, de té o de cualquier cosa pa los nervios. En la cocina tenéis de tóo. (Al niño.) Sí que tiés una tía de caballería. ¡Gachó qué genio! (Mirando embobado a la criatura.) ¿Y decía Robustiano que no me se parecía? No hay más que verle; es un Pérez, sin duda de ningún género. Tié una cara de carnicero que asusta. (Mira con embeleso al niño.) Ya te estoy viendo con tu delantal blanco, con las mangas de la camiseta remangás y con el cuchillo grande partiendo tres cuartos de kilo de lomo bajo y pellizcando a una cocinera de casa grande. Sí, soy yo, tu agüelo, Avelino. (Pausa.) Y se ríe así como si fuera de mí. Este gesto que acaba de hacer es de la familia, de mi tía Asunción. (Se levanta y se dirige a la cómoda, de donde coge el espejo. Luego se sienta en una silla al lado del velador en donde coloca el espejo.) Esta nariz es ésta, clavá. (Mirando alternativamente la del niño y la suya.) Y este hoyito, éste... esazto. (Indicando uno de la barbilla.) ¡Ríete, Avelinín! (Le hace «ajito» y a continuación se lo hace a sí mismo delante del espejo.) Hasta en la manera de sonreirse se me parece. Y esto en el exterior, que en el interior, vaya usté a saber las cosas que tendremos parecidas. Me apuesto cualquier cosa a que tié un lunar en la parte de atrás de la cadera de la derecha. Lo tenemos tóos los Pérez machos. Yo no me quedo con la duda.

(Vuelve al chico de espaldas sobre sus rodillas e intenta separarle las mantillas para salir de dudas al tiempo que aparece IGNACIO por la derecha.)

Ign. ¿Qué hace usté?

Avel. Aquí con tu hijo, viendo a ver una cosa...

Ign. ¡No tié na de extraño; es tan chiquitín!

Avel. Si lo que miraba era a ver si tenía el lunar de la cadera.

Ign. Ya lo creo, y tan grande como una lenteja, mal comparao.

Avel. (Con satisfacción.) ¡Si lo sabía yo!

Ign. ¿Y ha visto usté a la Petra?

Avel. Sí, señor, que la he visto; y a la Salus.

Ign. ¿Y qué le han dicho a usté? ¿Les ha dao usté muchos gritos?

Avel. Tos los que me ha dejao dar, porque no creas que tu futura cuñada es de las que se quedan atrás.

Ign. Pues ya no tiene usté por qué tomarse más disgusto; he hecho lo que usté me ha aconsejao, pensarlo bien, y he decidido... no casarme con la Petra.

Avel. (Con gran sorpresa.) ¿Qué dices?

Ign. Lo que usté oye: que no es usté dizno de que yo le dé más disgustos, y que no me caso. (Acercándose cariñosamente a su padre.)

Avel. (Separándole.) ¿Que no te casas, dices ahora? ¿Y eres capaz, mal hombre, de dejar a una mujer abandoná y a un hijo sin padre? ¿Son estos los ejemplos que has visto en tu casa? Si yo hubiera pensao lo mismo que tú, a estas horas andarías cogiendo colillas y comiendo el rancho a las puertas de los cuarteles. ¡Vaya un padre y una madre! ¡Siquiera por esta pobre criatura!

Ign. Pero yo...

Avel. Cállese usté. (Asomándose a la puerta.) ¡Petra! ¡Robustiano!

Ign. ¿Pero estaban ahí?

Rob. (Que sale con Petra.) Ya la tiés convencida y dispuesta a casarse en cuanto tú se lo mandes.

Avel. Si ahora es él quien no quiere.

Petra ¡Inacio!

Rob. ¡Hazlo por tu padre!

Ign. Yo, si usté se empeña...

Avel. Os tenéis que casar porque me da la realísima gana.

Ign. ¡Petra!

Petra ¡Inacio!

Avel. (Dirigiéndose al chico que tiene en brazos.) Ya lo sabes, Avelinín; esto se lo tiés que agradecer a tu abuelo.

Sal. (Que ha salido un momento antes sin que le viera Avelino.) Y a tu tía, Salustianito.

Avel. ¡Avelinito!
Sal. ¡Salustianito!
Avel. ¿Y ya se ha puesto usté bien del todo?
Sal. Sí, señor.
Avel. Pues ha de saber usté que éstos se casan porque a mí me da la real gana. ¿Lo oye usté? ¡Y vivirán aquí!
Sal. ¡Y yo con ustés!
Avel. ¡No!
Rob. (A Petra y a Ignacio.) Ya veréis cómo soy el padrino de la boda. (En voz alta.) ¡No, hombre, que no os empeñeis, que no quiero, ea.
Avel. ¿Qué dices, Robustiano?
Rob. Que éstos están empeñaos en que yo sea el padrino de la boda y a mí no me da la gana. ¿Lo oyes? No me da la gana.
Avel. (Dándole el chico a Petra.) Toma tu hijo. (Acercándose a Robustiano.) Pero, ¿tú qué dices, que no te da la gana de ser el padrino?
Rob. (Con energía.) ¡No, señor!
Avel. Ni falta que hace. Yo soy el padrino de la boda y el del bautizo, y el agüelo y el suegro, tóo en una pieza.
Sal. Y yo la madrina, la tía y la agüela, y a éste, (Cogiendo el chico.) puesto que es chico, usté le enseñará a despachar filetes; pero de la primera chica me encargo yo, y voy a hacer de ella una verdulera que va a meter en un puño a toos los guardias de Madrid.
Petra ¡Inacio!
Ign. ¡Petra! (Abrazándose.)
Sal. Y toos a obedecer al agüelo primero que a nadie.

Y en la casa se hace sólo
lo que a usté le dé la gana.
Y aquí terminó el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

TELON

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición).

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original. (Cuarta edición).

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La Redacción, sainete en un acto y en prosa, original.

El ama seca, zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa, música del maestro Calleja.

El mejor de los mundos, entremés en prosa, original.

¡Que nos entierren juntos! entremés en prosa, original.

El entierro de la sardina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La afición, sainete en un acto, dividido en dos cuadros, original.

La real gana, sainete en un acto y en prosa original.

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

Precio: UNA peseta

ANTONIO RAMOS MARTIN

LA AFICIÓN

SAINETE EN UN ACTO

dividido en dos cuadros, original y en prosa



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

LA AFICIÓN

LA AFICION

SAINETE EN UN ACTO

dividido en dos cuadros, original y en prosa

DE

ANTONIO RAMOS MARTIN

Estrenado en el Teatro de Apolo el día 28 de Abril de 1915, en **La Fiesta del Sainete** a beneficio de la «Asociación de la Prensa» por la Compañía del Teatro Cervantes



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

Teléfono número 551

1915

A mis queridos compañeros Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo:

En la dedicatoria de este sainete, ved solamente el afecto de un amigo y la admiración de un compañero.

Os deseo tantos éxitos... como a mí mismo; no puedo desearos más.

Os abraza,

Antonio Ramos Martin.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VICENTA........................	IRENE ALBA.
DIONISIO........................	RICARDO SIMÓ-RASO.
SATURNINO.....................	FRANCISCO MOLINERO.
SINFORIANO....................	PABLO HIDALGO.

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Sala modesta en casa de Dionisio. Es esta una habitación con puerta al foro que da al corredor del patio. Otra puerta lateral izquierda y ventana a la derecha. A foro derecha una cómoda y sobre ella, platos, fuentes, tazas, etc. En el centro una mesa de pino; cinco o seis sillas de Vitoria. En las paredes cromos con retratos de toreros y números de periódicos taurinos, ilustrados. Es un domingo de primavera al medio día.

—

(Antes de alzarse el telón se oye el estrépito de platos que se rompen y de muebles que ruedan por el suelo. Cuando se alza el telón la escena presenta señales de la reciente contienda. La mesa está caída, el mantel en el suelo y los platos hechos añicos. Un par de sillas también está en el suelo. VICENTA y DIONISIO, dándose la espalda, están sentados en los extremos de la habitación. Vicenta es mujer de unos cincuenta años, está desgreñada y en la frente tiene un chichón de aparición reciente. Dionisio representa próximamente la misma edad que su mujer. En la cara ostenta un par de arañazos recientitos. Viste de albañil.)

DION. (Limpiándose la cara con un pañuelo.) Lo que es del día de hoy vas a acordarte mientras vivas. ¡Por estas! (Jurando.)

VIC. Pues tú también vas a tener recuerdo.

DION. Y la culpa la tengo yo, y nadie más que yo, por meterme a discutir con caballerías mayores.

VIC. ¿Y tú qué eres?

DION. Tiés razón; otro animal, por haberle dao mi blanca mano a un percherón de carros de mudanza; pero tóo esto va a durar hasta el día que de una bofetá que te dé me quede viudo.

VIC. ¿Bofetá? Prueba y verás que tu señora no es manca, a Dios gracias.

DION. ¡Estos arañazos te van a pesar!

VIC. ¡Y a ti este chichón!

DION. Cállate, que te hago la pareja.

VIC. ¡Atrévete, vejestorio!

DION. (Elevando los ojos al cielo y con gran fervor.) Señor, tú que todo lo puedes, haz un milagro, haz que la semana que viene me pueda hacer un ciento de tarjetas que digan: Dionisio González, viudo de Vicenta Rodríguez.

VIC. No lo verán tus ojos, que estoy muy fuerte y con una salud a prueba de bomba.

DION. Nadie habla con usté, doña Cotorra.

VIC. ¿Pues entonces con quién, don Papagayo?

DION. Con nádie; era una oración, como esta otra: Señor, te ofrezco un par de velitas rizás por un aire colao pa mi señora.

VIC. Cállate, perro, más que perro.

DION. No me llames perro, que te ladro.

VIC. ¡Eso harás tú, ladrar!

DION. ¡Y morder!

VIC. Permita Dios que pase un municipal y te dé la morcilla.

DION. ¡Ay mi madre! ¡Qué par de tortas te van a ir a parar a un moflete!

VIC. ¡Ja! ¡Ja! (Riéndose.)

DION. No me sulfures, que si me se ponen los nervios de punta...

VIC. ¡Qué! (Desafiándole.)

DION. Que te doy la galleta más grande que se ha dao desde hace muchos años.

VIC. Anda, dala si eres hombre. (Se levanta y coge una silla con ánimo de defenderse de Dionisio que se levanta con las de Caín.)

DION. ¡Ahora verás si soy hombre! (Al ir a abalanzarse sobre Vicenta entra SINFORIANO y le detiene. Es un hombre de unos treinta y cuatro años. Viste como un obrero en domingo.)

SINF. (A Dionisio.) ¿Pero qué la va usté a hacer?

DION. Almondiguillas.

VIC. Ya será menos.

DION. ¿Menos? (Vuelve a intentar pegarla sin que le suelte Sinforiano.)

SINF. Estese usté quieto. (A Vicenta) Usté, cállese. Por lo visto han tenido ustés sesión de cine.

DION. Si te retrasas cinco minutos ves la película de la casa Pate... adura de las tripas de mi cónyuga.

SINF. Está muy bonito esto de dar todos los días un escándalo pa que luego cotilleen las vecinas y sean ustés el hágame usté de reir de todo el barrio.

DION. Era esta. (Por Vicenta.)

VIC. Era este. (Por Dionisio.)

SINF. Son ustés dos. Y mientras yo esté aquí, ni se discute, ni se chilla, ni se da una voz más alta que otra. ¿Qué es lo que ha pasao? Vamos a ver.

DION. (Enseñando la cara a su amigo.) ¡Mira qué arañazos me ha hecho esa tigra!

SINF. (A Vicenta.) Seña Vicenta, eso de pegar a un hombre!...

VIC. ¡Pues toca este chichón que me ha hecho ese indígena!

SINF. (Después de tocar el chichón.) ¡Señor Dionisio, eso de pegar a una mujer!...

DION. Si es que me pincha; si me dice cosas pa sacarme de mis casillas.

VIC. ¿Pues y tú a mí?

DION. No hablaba con usté; me dirigía al señor

VIC. Hablo porque tengo lengua.

DION. Miá no te la estofaran.

SINF. ¿Pero quién ustés acabar de una vez?

DION. ¿Es que tú crees que se pué tolerar que le estén llevando a uno la contraria tóo el santo día?

VIC. Si no dijeras burrás desde que te levantas...

DION. Eso de burrás es llamarme pollino.

VIC. O borrico, o jumento, como te guste más, elige.

SINF. ¿Pero es que no me voy a enterar de por qué ha sido la pelea número dos mil del presente año?

DION. No me hagas que lo repita, porque cá vez que lo pienso me se crispan los nervios.

VIC. ¿Pues y a mí si me acuerdo de lo que tú has dicho?

DION. ¡Ah! ¿pero es que sigues en las mismas?

VIC. Y seguiré y nadie me apea de mi burro.

DION. A ver si te apeo yo de un cogotazo.

VIC. ¡Porque digo las verdades!

DION. ¡Esa no es la verdad!

VIC. Más verdad que la luz, aunque te escueza.

DION. (Indignándose y yendo hacia Vicenta.) ¡Vicenta!

VIC. (Sin achicarse.) ¡Qué hay!

SINF. ¿Es que no quién ustés que yo sepa?...

DION. Pues verás, casi ná: que se ha atrevido a decir ¡maldito sea el veneno! se ha atrevido a decir... Tú óyelo y quédate con la boca abierta. ¡Me ha dicho!...

SINF. ¿Qué es lo que ha dicho?

DION. Pues que Joselito es una zapatilla al lao del Belmonte.

VIC. Y te lo digo tres mil quinientas veces: no una zapatilla, una alpargata; menos aún, una chancla.

DION. ¿Pero tú la oyes?

VIC. ¡Y me tié que dar la razón! (Cogiendo el mantel y haciendo con él una muleta y dando los pases que indica en el diálogo.) ¿Cuándo has visto tú a Joselito llegarle al toro con la muleta así en la mano izquierda y darle un natural así girando sobre los talones? (Hace la faena como un verdadero diestro.)

DION. ¿Pues no dice que no?

VIC. Y un molinete así, empezao en el mismo testuz y terminao en el trasero del bicho, dicho sea con perdón. (Da el molinete.)

DION. (Quitándola el mantel.) ¿Y tú cuándo has visto a tu torero dar un pase con las dos rodillas en tierra y al final soplarle al toro en las ventanillas de la nariz y que éste mueva la cabeza como dándole las gracias? ¿Y un farol así? ¿Y una navarra así? ¿Y una rebolera aserpentinada como en la última corrida? (Todas las suertes que ha indicado las ha hecho prácticamente delante de una silla con el mayor arrojo posible.)

VIC. Tóo eso son títeres; toreo de circo. La verdad es esta media verónica. (Dándola todo lo ceñida posible.)

DION. ¡Ay si yo tuviera cuernos en este momento!

VIC. ¡Juan es mil veces más torero que Pepe!

DION. No señora; Pepe es un millón de veces más torero que Juan.

VIC. ¡Juan!

DION. ¡Pepe!... ¿Cuándo ha matao Belmonte un toro recibiendo?

VIC. Pero es capaz de dar veinte verónicas sin enmendarse. Es el verdadero fenómeno.

DION. Pa fenómeno el mío, que ha salido un día de la plaza con seis orejas.

VIC. Porque le unta al concejal que preside pa que se las dé en cuanto uno de un tendido saca el pañuelo pa sonarse las narices.

DION. Joselito vale por mil Belmontes. ¿Verdad, Sinforiano?

VIC. ¿Verdad que no?

SINF. ¡Ay que ver, señor! Un matrimonio del año ochenta y cinco a dos dedos del divorcio por si Joselito es más o es menos que Belmonte.

DION. ¡Es más!

VIC. ¡Es menos!

SINF. ¿Pero no les da a ustés vergüenza? Más aficionao que yo a los toros no hay nadie; pero en saliendo de la plaza, se acabó la afición y ni hablo de toros, ni discuto, ni me acaloro, y eso que soy un Pastorista como una casa; pero lo soy en la fila tercera de la grada cuarta. En mi casa y en la calle no soy Pastorista, soy ebanista.

VIC. Eso va en caracteres.

DION. Cuestión de genio.

SINF. No, señores; cuestión de sentido común. Es que ustés hasta sueñan con los coletas, porque se despiertan pensando en Paco Madrid y se acuestan con Martín Vázquez.

DION. Es esta que me tira de la lengua, diciéndome que el *Gallito* es un martingalista, y eso, la verdad, me ofende.

SINF. De modo que la bronca ha sido por...

VIC. Por eso na más.

DION. ¡Na más!

SINF. Pues vengan esas manos y dénselas ustés, o un abrazo, o un beso, o lo que tengan por costumbre pa hacer las paces.

DION. Yo no soy rencoroso, y por mí...

VIC. Yo tampoco lo soy, y por mi parte... (Se estrechan la mano y luego se abrazan.)

SINF. Así me gusta verles a ustés siempre.

DION. Tú, Sinforiano, vuélvete de espaldas un momento, que la voy a hacer un mimo en el coscorrón que la di antes. (Sinforiano se vuelve de espaldas al tiempo que Dionisio da a su mujer en el chichón un beso lo más sonoro posible.)

SINF. ¡Que ha sonao mucho, agüelo!

VIC. ¡Dionisio!

DION. ¡Que me se va a ruborizar! Nosotros somos así: tortas o besos, y alternando de vez en cuando, el matrimonio no aburre.

SINF. ¿Y qué billetes tién ustés pa la corrida de esta tarde?

DION. (Sentándose en una silla con desesperación.) ¡Ay!

VIC. (Sentándose también.) ¡Ay!

SINF. ¿Qué les pasa a ustés?

DION. Que nos quedamos en casa como el señor de Cachupín.

VIC. (Con gran desconsuelo.) ¡No tenemos dinero!

DION. Ni de dónde sacarlo.

SINF. ¿De modo que no ven ustés los miuras?

VIC. (Con entonación trágica.) ¡No!

DION. (Idem.) ¡No!

SINF. Yo siento no poder...

DION. ¡Paciencia! (Pausa.) ¡Y con los seis huéspedes que creo que ha enviao don Eduardo!

SINF. Según me han dicho hay tres negros, un cárdeno salpicao, un colorao con el ojo de perdiz y un chorreao en verdugo. El señor Cristino los ha visto esta mañana en los corrales.

DION. ¡Y sin ná que poder empeñar!

VIC. Como este lleva dos semanas sin trabajar, estamos sin un botón.

SINF. Pues sí que es una lástima. ¡Dos aficionaos como ustés quedarse en casa con una corrida de este calibre!

DION. Es pa encerrarse en un cuarto con un brasero a medio encender y con una carta pa el juez de guardia.

SINF. ¿Por qué no le piden ustés un par de duros prestaos al señor Saturnino?

DION. ¿A mi cuñao?

VIC. Quita, hombre. ¡Cualquiera le saca dos pesetas.

DION. Además, que apenas si nos tratamos.

VIC. Y que sabemos que ha dicho por ahí que él no pisaba esta casa como no estuviera éste agonizando.

DION. Y ya ves tú que no es cosa de agonizar por cuarenta reales.

SINF. ¡Todo sea por Dios!

VIC. Qué se le va a hacer.

DION. Paciencia y chincharse. (Se quedan los tres cabizbajos y cariacontecidos.)

SINF. (Después de una pausa.) Pues yo que usté... agonizaba un rato.

DION. (Con verdadero asombro.) ¿Eh?

VIC. (Idem.) ¿Qué dices?

SINF. Lo que ustés oyen; claro que agonizar de verdad, no; pero una parodia, sí.

DION. No te entiendo.

VIC. Ni yo.

SINF. Pues muy sencillo. Yo bajo ahora a casa del señor Saturnino y le digo que le ha dao a usté un acipitorrio y que está usté muy malito y que en la casa no hay ni dos reales. El sube, usté le recibe con cara de cadavérico, lanza usté tres ayes, da usté un par de respingos, se enternece el otro y suelta las diez beatas pa medecinas y pa que ésta eche gallina en el cocido de mañana. Claro que esas diez beatas son pa dos tendidos del cuatro pa ver los miuras.

VIC. Pues está muy bien pensao eso del acipitorrio.

DION. (Con cierta escama.) Según.

SINF. ¿Cómo que según?

DION. Yo conozco a mi cuñao, y como Saturnino se huela que lo del acipitorrio es dulce coba pa que se rasque el bolsillo, el acipitorrio se convierte en un trancazo que me da y que me tiene dos meses en casa. Le conozco como si le hubiera dao a luz.

SINF. El que no se arriesga, no pasa la mar.

VIC. (Animándole.) Tié razón Sinforiano.

DION. ¡Que me juego seis o siete capones!

SINF. Pero ¿y el ver los toros?

VIC. ¿Y los miuras?

DION. Que me la gano. (Vacilando.)

SINF. ¡Ahí se ven los hombres! No se olvide usté de que son seis bichos de don Eduardo.

VIC. ¡Y que hay tres negros!

SINF. ¡Y un colorao, ojo de perdiz!

VIC. ¡Y un cárdeno!

SINF. ¡Y un chorreao en verdugo!

DION. (Con resolución de héroe.) ¡Qué demonio, tenéis razón! (A Sinforiano.) ¡Avisa al verdugo!

SINF. ¿Cómo al verdugo?

DION. A mi cuñao, que es lo mismo, porque es fácil que me apriete el pescuezo como se huela la tostada.

SINF. (A Vicenta.) Ahora mismo bajo. ¿Qué le digo?

VIC. Que suba en seguida, que a éste le ha dao una cosa al celebro y que está muy malito.

DION. Dile que estoy amodorrao.

VIC. Vete corriendo.

SINF. Antes de dos minutos estamos aquí. (Vase por el foro.)

DION. Como esto nos salga bien, hoy vamos a los toros; pero mañana nos tenemos que ir a Albacete pa huir de Saturnino.

VIC. Ya se le olvidará todo.

DION. Es que le vamos a tomar el tupé en toda regla.

VIC. Vamos a prepararlo tó pa cuando suba. Qué haces, ¿te metes en la cama o te sientas en una silla tapao con una manta al lao de la ventana?

DION. Me paece mejor lo de la silla. (Saca la caja de cerillas, enciende una cerilla y empieza a ahumar un plato.)

VIC. ¿Qué estás haciendo?

DION. Ahora lo verás: que me voy a preparar unas ojeras de enfermo desahuciao. Tráete el espejo.

VIC. (Cogiendo uno de encima de la cómoda.) Aquí lo tienes.

DION Sostenlo así.

VIC. (Lo sostiene mientras Dionisio se pinta unas ojeras de verdadero agonizante.) ¿Así?

DION. Un poquito más alto.

VIC. (Subiendo el espejo.) ¿Así está bien?

DION. Sí. (Presentándose ante Vicenta.) Eh, ¿qué tal?

VIC. Hijo, es que asustas.

DION. Y ahora tráete una manta y una almohada.

VIC. En seguida. (Entra por la puerta de la izquierda.)

DION. (Haciendo cuanto indica en el diálogo.) Ahora el bigote, así, con las guías muy caídas; el pelo enmarañado sobre la frente; el cuello de la camisa desabrochao, como si me molestara para subir y bajar la nuez; los ojos en blanco y la boca un poco torcida.

VIC. (Desde la puerta.) ¡Es que paeces un enfermo de verdad!

DION. ¿Tú crees que con esta mirada le podremos sacar cincuenta reales en vez de diez pesetas.

VIC. Y también tres duros.

DION. (Sentándose en la silla y apoyando la cabeza en la almohada y cubriéndose las piernas con la manta.) Dime el efezto que hago desde la puerta.

VIC. ¡Impones! Paeces un cadáver.

DION. Como que soy un cómico. Cualesquier primer aztor a mi lao es un aficionao. Al momento ponen ellos esta cara de dolor agudo (Poniéndola.) y esta de desesperación (Idem.) y esta de dolor lento. (Idem.)

VIC. Vaya si le sacamos el dinero.

DION. Pero ven tú aquí. (La coge la cabeza y la despeina más de lo que está.) Ven que te haga una cabeza de esposa dolorida.

VIC. Cuidao con el chichón, que me duele.

DION. Ya ves tú, este bulto hasta te da carázter. Ahora me alegro de habértelo hecho. Restrégate bien los ojos pa que parezca que has llorao.

VIC. (Se restrega los ojos furiosamente.) ¿Así?

DION. Muy bien.

VIC. Paece que suben.

DION. Pues yo a la silla y tú a sentarte a mi lao y a suspirar de vez en cuando. (Se sienta y se tapa. Vicenta se sienta también en una silla baja a los pies del enfermo. Este pone una cara de verdadero sufrimiento.)

SAT. (Aparece en la puerta del foro. Viene jadeante y casi sin poder respirar. Es un hombre de la misma edad que Dionisio. Viste con modestia.) Vicenta. (En voz alta.)

VIC. ¡Chist!

SAT. (Bajando la voz.) ¡Vicenta!

VIC. (Gimoteando.) ¿Qué hay?
SAT. ¿Cómo está este?
DION. (Con voz cavernosa.) ¡Muy mal!
SAT. Vamos, no hay que asustarse, que esto no es na (Se acerca a Dionisio y al verle tuerce el gesto.) ¡Hum!
VIC. (Al oído de Saturnino.) ¿Qué le parece a usté?
SAT. Que no me gusta na.
VIC. ¡Pobre Dionisio!
SAT. Esas ojeras no me parecen naturales y la respiración es como de fatiga y la mirada es vaga. Chica, pué que me equivoque, pero está como pa diñarla.
VIC. (Llorando exageradamente) ¡Ay, pobrecito mío!
SAT. Chica, calla, que va a oirte.
VIC. Mírele usté bien, tié cara como de idiota.
SAT. Eso siempre la ha tenido él.
DION. ¡Ay! (Quejándose.)
SAT. ¿Qué te pasa, hombre?
DION. Que me se va la cabeza.
SAT. (A Vicenta.) ¿Y cómo ha sido el accidente?
VIC. Pues verá usté, estábamos empezando a comer, cuando de pronto me se queda mirando muy fijamente, abre los ojos, cierra la boca, dice ¡ay, mi madre! y ¡cataplúm! se cae desmayao encima del plato de fideos que estaba comiendo. Al principio tóo era dar manotazos; pero luego se ha quedao como usté le ve.
SAT. Oye y no será tóo esto una ocupación de estómago.
VIC. Vaya usté a saber.
SAT. ¿Tú qué le has dao?
VIC. Aire, porque me pedía que le soplase.
SAT. Esto es del estómago, no me cabe duda.
DION. ¡Ay, mi madre!
VIC. ¿Te se pasa?
DION. Un poco.
SAT. ¿Te da vueltas la cabeza?
DION. ¡Como un tío vivo!
SAT. ¿Y ves visiones?
DION. Según a donde mire.
SAT. Pues no te apures, que no ties na.
VIC. (Sollozando.) Y como nos ha cogido sin cinco céntimos...
SAT. Pa eso estoy yo aquí, aunque bien sabe

Dios que había jurao no volveros a ver den. de la última charraná que me hizo este. Entonces debí romperle la cabeza.

DION. ¡Ay! (Volviéndose un poco.)

SAT. Pero aquello pasó y más puede el cariño que sus tengo que el rencor que sus guardaba. (Saca de la cartera un billete.) Toma ese billete pa que este no carezca de nada.

VIC. Gracias, muchas gracias.

DION. (Con voz del otro mundo.) ¿De cuánto es?

VIC. De cinco duros.

DION. (A contrabarrera.)

(Por el foro entra SINFORIANO, con una botella y un paquete pequeño.)

SINF. ¡Aquí estoy yo!

SAT. ¡Miá que has tardao!

VIC. ¿De dónde vienes?

SINF. ¡De la botica!

DION. (Con espanto.) ¿Eh?

VIC. ¿De la botica?

SAT. Sí, de comprar unas cosas pa éste.

SINF. (A Vicenta.) ¡No he tenido más remedio!

SAT. Tráete una jofaina con agua. (Sinforiano se queda vacilante.)

VIC. ¡Pero!...

DION. ¿Qué me van a hacer?

SAT. (A Sinforiano.) Vé por eso que te he dicho. (Vase por la izquierda Saturnino.) Que lo que necesitas es eso. (Enseñándole la botella a Dionisio.)

DION. ¿Y qué es eso?

SAT. Con media botella de Carabaña y un par de sinapismos, ¡otro!

DION. ¡No, purguitas, no!

VIC. Mire usté que...

SAT. A obedecer todo el mundo. Se trata de la salud de tu marido.

(Va a la cómoda y coge un vaso grande y lo llena de agua de Carabaña.)

DION. (A Vicenta.) ¡Que este tío me purga!

VIC. ¡Y que le vamos a hacer!

SINF. Aquí está esto. (Entra con la palangana.)

SAT. Déjala ahí. (Sinforiano la deja encima de la mesa. A Dionisio.) Y tú, tómate esto. (Por el vaso de Carabaña.)

DION. Que yo no lo tomo sin que me lo mande el médico.

SAT. Qué médico, ni qué carabina; tóo lo que tienes es del estómago y na más que del estómago.

VIC. Espere usté un poco, que acaba de tomar los fideos.

SINF. ¡Tié razón la señá Vicenta!

SAT. ¿Que espere? Ahora mismo. (*Intenta inútilmente que Dionisio se tome el vaso de Carabaña, porque cierra la boca y se resiste con todas sus fuerzas.*)

VIC. A la fuerza que no lo tome.

SINF. Déjelo usté pa luego.

SAT. ¡Qué pa luego! Ten así. (*Entrega el vaso a Sinforiano y le coge la cabeza a Dionisio, apretándole la nariz para obligarle a abrir la boca.*)

DION. Que me ahogo.

(*En este momento Saturnino le hace tragar todo el contenido del vaso.*)

SAT. (*Volviendo el vaso.*) ¡Enterito!

VIC. ¡Pobre Dionisio!

SINF. ¡Le purgó!

SAT. Ya verás qué bien te sienta.

DION. ¡Sinapismitos, no!

VIC. No, sinapismos, no.

SAT. Tenéis razon. Lo que voy a hacer es llegarme a la barbería y que suba Feliciano a ponerle unas sanguijuelas.

DION. No, Vicenta, que no me pongan bichitos.

SAT. Y va a ser ahora mismo. Vengo en seguida. ¿Me acompañas, Sinforiano?

SINF. Yo me quedo aquí por si hago falta.

SAT. Pues hasta luego. (*Vase por el foro.*)

DION. (*Levantándose.*) ¡Criminal!

VIC. ¡Asesino!

DION. Cualquiera ve la corrida de esta tarde con tranquilidad.

SINF. ¿Pero ha soltao?...

VIC. Cinco duros.

DION. Dáselos a este y que nos compre dos tendidos del siete.

VIC. Toma.

DION. Vete escapao, a ver si encuentras buena fila y de cerca de la puerta.

SINF. Se la han dao ustedes con queso.

DION. Pero él a mí con Carabaña.

VIC. ¡Dionisio!

DION. ¡Vicenta!

VIC. ¡Dame un abrazo!

DION. ¡Y también dos!

(Se abrazan con verdadera efusión, al tiempo que por la puerta del foro aparece SATURNINO.)

SAT. Me se olvidaba deciros... (Al verle Dionisio, empieza a fingir una pataleta. Vicenta y Sinforiano le sostienen.) ¿Qué es eso?

VIC. ¡Que me se muere!

SINF. ¡Que le ha repetido!

SAT. Vete a avisar a la Casa de Socorro. Y nosotros a acostarle.

SINF. Pero...

SAT. Anda, que yo me quedo aquí; ya no me muevo de su lao en todo el día ni en toda la noche.

(Los tres, Dionisio, Vicenta y Sinforiano, se miran aterrados al oir las palabras de Saturnino. Este va a dejar la gorra.)

VIC. (Con verdadero desconsuelo.) ¡Ya no hay miuras!

DION. ¡Que más miura que éste!

(Al volver Saturnino, Dionisio, en plena pataleta empieza a puntapiés con su cuñado. Telón rápido.)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración que en el cuadro anterior. Han pasado tres horas y en este tiempo la habitación ha sido arreglada y cada mueble está en su sitio.

—

(Al levantarse el telón, VICENTA está sentada delante de la mesa. Encima de ésta hay un espejo en el que se mira Vicenta, que está acabando de rizarse el pelo. Se ha hecho un peinado de pollita de quince abriles. Viste una falda de seda de color llamativo y una chambra blanca. SINFORIANO está sentado a su lado.)

SINF. ¿De modo que el señor Saturnino se sentó al pie de la cama y no se iba?

VIC. Ni a tiros y empeñao en ponerle cosas raras al pobre Dionisio, ahora que una cataplasma, luego que unos paños, después que unas friegas...

SINF. Y menos mal que no le puso los sinapismos.

VIC. Eso creerás tú. Un cuarto de hora los ha tenido pegaos. ¡Y cómo le picaban! El infeliz no hacía más que mover las piernas como si fuera en bicicleta y el otro sin querérselos quitar. ¡Da grima ver cómo tiene el pobre las pantorrillas!

SINF. Y el señor Dionisio, ¿dónde está ahora?

VIC. En cuanto que su cuñao se marchó pa la Ciudad Lineal, él se fué pa la barbería. Ya no debe de tardar porque se marchó hace cerca de una hora.

SINF. Ustés han pasao un mal rato, eso es verdad; pero a estas horas tien dos asientos de tendido en el bolsillo y tres duros pa coche, merienda y el postín.

VIC. Su buena purga le ha costao a mi marido; no te creas que se los lleva de rositas.

SINF. ¡Hay que ver cómo ha hecho el papel! ¡A mí mismo me parecía que era de verdad! Sobre todo cuando imitaba que le dolían las tripas. Eran talmente dolores de retortijón.

VIC. Como que eran de verdad, mira qué gracio-

so. La botella de Carabaña que le ha hecho tomar ese animal.

SINF. De todas maneras ha estao muy bien; parecía que la estaba diñando.

VIC. Es que como de joven ha trabajao mucho en el teatro en funciones de aficionaos, sabe la cara qué hay que poner pa morirse.

SINF. ¿Ah, pero el señor Dionisio?...

VIC. Ha sido un aficionao de lo mejorcito. ¡Había que verle hacer el Comendador del Tenorio! ¡Cómo estaría en el Don Gonzalo, que rara era la vez que lo hacía que el público no pedía que lo mataran tres o cuatro veces. Cuando le disparaban el tiro, se pegaba unas talegás y se daba unos coscorrones con la cabeza en el tablao que levantaba polvo. Bueno, luego le salía una de chichones que no se podía poner la gorra en ocho días, porque se le quedaba chica.

SINF. ¿Y por qué no se dedicó al teatro?

VIC. Porque ca drama le costaba un dolor de cabeza que se volvía loco.

SINF. ¿Y usté no ha trabajao nunca?

VIC. Una vez na más; pero verás lo que me pasó: me tenían que preguntar, «¿Tú le quieres?» y yo no tenía que decir más que, «¡Mucho!» Pues al llegar el momento me equivoqué y dije «¡Chucho!» y uno de la galería dijo: «¡Guau-guau!» Y se acabó la función. Desde entonces no he vuelto a trabajar. (**Levantándose y mirándose al espejo, satisfecha de su figura.**) Ea, ya estoy peiná.

SINF. Se ha quitao usté diez años de encima.

VIC. Es que las cocas me van mejor a la cara que los tirabuzones. A Dionisio le gusto así, más aún que a lo Merode.

(**Aparece por la puerta del foro DIONISIO. Es otro hombre; se ha lavado escrupulosamente; se ha afeitado y el bigote se lo han rizado a la borgoñona, con las guías muy tiesas. Viste traje de color muy claro; sombrero ancho y bastón gordo. En el ojal de la solapa lleva un clavel muy rojo y muy reventón. La corbata es completamente roja. En la mano trae un lío, de ropa al parecer.**)

DION. ¡Buenas tardes!

SINF. ¡Anda, Dios; el enfermo!

DION. El convaleciente, na más.

VIC. (Mirando a su marido con verdadero arrobamiento.) ¡Qué requeteguapísimo estás!

DION. Gracias, Vicentita. Toda esta preciosidad, pa ti sola! (La da en la frente un casto y sonoro beso. A Sinforiano.) Perdona la expansión.

SINF. Ya me hago cargo.

VIC. ¿Traes eso?

DION. (Dándole el lío.) Ahí lo tienes. No ha querido la señá Pepita menos de cinco pesetas; pero las vale.

VIC. ¿Y cómo has tardado tanto?

DION. ¿Que por qué?... ¡Maldita sea!... Por el plan curativo de mi cuñao, que permita Dios que se esté muriendo de sed y no tenga pa beber más que agua de... Loeches y no pueda guisar más que con aceite... de ricino.

SINF. ¡Es que paece usté un pollo!

DION. (Paseándose para lucirse.) La figura y el andar coquetón que aún conserva uno. (A Vicenta.) Pero, anda, mujer, anda a vestirte, que son las tres y cuarto y empieza la corrida a las cuatro y media.

VIC. En un momento estoy. ¿Tú vendrás con nosotros, Sinforiano?

DION. Como que le reservo la bigotera del milor.

SINF. ¿Ah, pero en coche y todo?

DION. Un hombre que ha estado tan grave como yo no puede ir a pie; pero Vicenta, arrea a vestirte, que ya sabes que me gusta cuando voy a la plaza ver los dos corrales, entrar en el desolladero, estar un rato en la sala de toreros, rezar un Ave María, *ora pro nobis*, en la capilla; estrechar la mano de los matadores, echar un párrafo con Barajás y pasarme un rato en la cuadra. Si no hago todas estas cosas me paece que no he estao en los toros.

VIC. ¡En seguida estoy, Dionisito! (Le hace un mimito en la barbilla y se va jugueteando.)

DION. ¡No tardes, pichona! (Se queda embobado mirando hacia el sitio por donde se marchó su mujer.)

SINF. Que se le cae a usté la baba, señor Dionisio.

DION. (Limpiándose la barbilla con el pañuelo, que también es taurino.) ¡Y que lo digas, Sinforiano! Ahí donde la ties no la cambio por la Chelito ni con cuarenta duros encima, porque aquella

será más joven y hasta si quieres, más sicalítica, pero puestas las dos a buscarse una pulga, no sé cual se la encontraría antes y con más gracia. Tié mucha picardía en el mirar mi Vicenta; claro que no diré yo que sea una plana doble de *La hoja de parra*, pero tampoco está pa despreciarla.

SINF ¡Sí que se conserva muy bien!

DION. Eso que la cara, que es lo que lleva al aire, apenas si tié vista. ¡Tú, porque no la has visto desnuda!

SINF. ¡No, señor!

DION. Ni quiera Dios que la veas... Pues está, pero que muy bien formadita, bien es verdad que su padre, que en gloria esté, era marmolista de esos que se pasan haciendo angelitos tóo el santo día. A mí no es que me ciegue la pasión, pero en pantalones, es una fototipia. Ya ves, tiene cincuenta y tres años y no me se ha puesto fondona como otras muchas. Está mantecosilla, pero apetitosa.

SINF. Y usté tan enamorao como el primer día.

DION. ¡Más!

SINF. Da gusto cuando se ve un matrimonio tan feliz.

DION. Sí que lo somos, aunque en la vecindad crean otra cosa y es porque los insultos se dicen a gritos y las palabras dulces muy bajito y al oído, y las bofetas suenan más que los besos y los cachetes más que los abrazos, y claro, la gente se entera de lo desagradable; pero no sabe que aquí dentro hay más mimos que palizas y que estas las tomamos como el salchichón y las aceitunas en las comidas, pa hacer boca, pa adornar la mesa y pa entretenerse mientras llegan los platos fuertes.

SINF Así se habla.

DION. Claro está.

SINF. Oiga usté, hablando de otra cosa: ¿No volverá esta tarde el señor Saturnino?

DION. ¡Quiá, hombre! No ves que le han avisao con urgencia pa la Ciudad Lineal y nos dijo que no volvería hasta mañana, pero que en caso de que yo me agravara que le avisasen por el teléfono de la pescadería, y como com-

prenderás, no pienso agravarme, así que podemos estar tranquilos.

SINF. ¡Lo malo será si luego se entera!...

DION. ¡Que se enterará!

SINF. Y que creo que es muy bruto.

DION ¡Mucho más!

SINF. Y que tié más fuerza que un buey!

DION. Es de los que te dan la mano y te dejan los dedos pegaos los unos a los otros. Yo ca vez que pienso en que se va a enterar de que mi enfermedad ha sido de guardarropía, me salen hasta cardenales... Pero esta se está entreteniendo mucho... (Yendo hacia la puerta.) ¡Vicenta!

VIC. (Dentro.) No atosigues, que en seguida voy.

DION. Mira, Sinforiano.

SINF. ¿Qué quié usté?

DION. Pa no perder tiempo; ¿por qué no te llegas a la esquina y tomas un coche de gomas y nos esperas en el portal?

SINF. Con mucho gusto... En seguida voy.

DION. Anda, que mientras tanto, bajamos nosotros.

SINF. (Va hacia la puerta del foro y vuelve.) ¿Lo tomo abierto o cerrao?

DION. ¡Abierto, hombre! Y que bajen la capota, que pa eso me gasto dos pesetas, pa que me vean.

SINF. ¡Pues voy por él! (Vase por el foro.) Hasta luego.

DION. ¡Adiós! (Desde la puerta.) Procura que el cascabel del caballo suene mucho... Y si el cochero es joven y de los de uniforme de botón dorao, mejor... Y esta mujer sin acabár de vestirse. (Desde la puerta de la izquierda.) ¡Vicenta! ¡Vicenta!

VIC. (Dentro.) ¡Ya voy, Dionisio!

DION. ¡Quiés no ser pelma!

VIC. En seguidita estoy.

DION. Es que cuando empiezas a emperegilarte no sabes acabar... Que Sinforiano ha bajao ya a a buscar el coche, no te entretengas mucho.

VIC. Es que me se había roto una de las ligas del corsé y me he tenido que sujetar la media con un imperdible.

DION. Tóo sea por Dios. ¿Quiés que entre y te ayude?

VIC. No. Vete pa el portal y espérame en el coche con Sinforiano.

DION. Pues pa abajo voy... No nos vayas a tener esperando una hora. (Se pone el sombrero, se da la última puñaladita en el espejo y se dispone a salir por la puerta del foro al tiempo que aparece SATURNINO. Este se queda con la boca abierta. A Dionisio se le cae el alma a los pies y en su cara se pinta el terror más grande.)

SAT. ¡Dionisio!

DION. ¡Saturnino!

SAT. ¿Pero qué es esto?...

DION. Pues esto es que... ya verás, el caso es que cuando yo te explique... Tú dirás, ¿cómo está este vestido así si yo le dejé malísimo?... pues ahí verás. (Saturnino se contiene a duras penas mientras Dionisio se hace un lío sin saber qué decir.)

SAT. Lo que yo digo es...

(En este momento aparece VICENTA hecha un brazo de mar, lleva un traje de seda muy llamativo, mantón de Manila de colores muy vivos, una peineta exageradamente grande y diez mil reales de flores.)

VIC. (Canturreando.)

Vamos a los toros
que hay mucho que ver.

(Al ver a Saturnino pierde hasta la respiración. Saturnino, como es natural, se queda como quien ve visiones. Dionisio de una pieza. Aterrada.) ¡Saturnino!

DION. El bólido.

SAT. ¡Anda, Dios! Doña Isabel la Católica con mantón de Manila.

VIC. (Queriendo salir del paso.) Dionisio le habrá explicado ya...

SAT. (De malos modos.) Cállese usté, doña Berengüela. Ya veo que he sido víztima de otro timo; que os habéis reído de mí; que sois unos farsantes indiznos.

DION. ¡Qué chuleta me anda rondando!

VIC. ¡Señor de Saturnino!

SAT. A usté... a usté porque es una mujer no la doy lo que se merece, porque es una señora, es decir, porque lleva usté faldas... pero a

este (Cogiendo a Dionisio por las solapas.) a este sinvergüenza lo deshago.

DION. Saturnino, que yo te diré...

VIC. A mi marido no le pega usté.

SAT. (Amenazándola.) Y a usté, si no se calla. (Volviendo a coger a Dionisio por las solapas. Zarandeándole.) ¿Con que me ha tomado usté por el pito del sereno?

DION. ¡Me ofendes con eso del pito!

SAT. Te ofendo... ¿eh? Y a los toritos. ¡Ja, ja!

DION. (Queriendo desprenderse de las manos de Saturnino.) Saturnino, que me estás desformando la americana.

SAT. Las narices son las que te voy a desformar de un puñetazo.

VIC. Eso del puñetazo...

SAT. Y a usté también.

VIC. ¡Qué bárbaro!

SAT. ¿Conque a los toros y vestido de Machaquito?... Ahora verás. (Se dirige a una silla en que está la ropa de albañil de Dionisio y le da las prendas a éste. Después coge el garrote y empieza a hacer molinete, como ensayándose para el garrotazo.) Quítate la americana.

DION. Pero...

SAT. (Blandiendo el garrote.) ¡Pronto!

DION (Quitándose la americana.) Bueno, hombre, bueno; no te pongas así.

VIC. Obedece a tu hermano político.

SAT. Se calla usté o la santiguo. (A Dionisio.) ¡Y el chaleco!

VIC. ¡Que va a coger una pulmonía!

SAT. ¡Un trancazo tal vez!

DION. (Quitándose el chaleco.) ¡Quiá, si está esto muy abrigadito!

SAT. Ponte estos pantalones. (Dándole los de albañil.)

DION. ¡Hombre, encima de éstos!...

SAT. (Pegando un palo encima de la camilla.) ¡Encima y sin rechistar!

DION. No te pongas así.

(Coge el traje que se ha quitado Dionisio, lo hace un rebuño y se lo pone debajo del brazo. Al coger el chaleco, suena dinero, lo saca y se lo guarda.)

SAT. Ponte la blusa. Este no le vuelves a ver hasta que me devuelvas el dinero que me debes, o sea hasta que seas persona decente.

Entonces irás a los toros, pero con el produzto de tu trabajo honrao, no con el de la farsa.

(Dionisio, que se está vistiendo, baja la cabeza avergonzado; Vicenta, también avergonzada, se quita el mantón de Manila.)

DION. Tiés razón, no he tenido vergüenza.

VIC. Ni yo tampoco.

SAT. Me alegro de que sus vayais conociendo.

(Aparece SINFORIANO por la puerta del foro.)

SINF. Que tengo el coche esperando hace una hora... (Al ver a Saturnino.) ¡Rediez, el cuñao!

SAT. En cochecito y todo...

VIC. Lo del coche era éste (Por Sinforiano.) que nos convidaba.

DION. Sí, éste. (Haciéndole señas.)

SINF. Sí, yo...

SAT. Pues ahora me convidas a mí.

SINF. Mire usté que .. (Queriendo disculparse.)

SAT. Y ahora que me acuerdo, si ha sido otro de los de la farsa. (Enarbolando el garrote.)

SINF. (Rápidamente.) ¡Vaya si le convido a usté a ir en coche! ¡No faltaba más! ¡Y qué coche! Una manuela, con cochero de chaqueta azul y vivitos coloraos y sombrero de Panamá, y con un movimiento que tié el milor, que paece un colchón de muelles.

SAT. (A Dionisio.) ¡Vengan las entrás de los toros!

VIC. Las tié Sinforiano.

SINF. Sí, yo las tengo. (Enseñándolas.)

SAT. (Cogiéndolas.) Vengan los billetes.

SINF. (A Dionisio y Vicenta.) ¿Pero es que ustés no vienen?

DION. ¡No!

SAT. No. Me regalan a mí sus entrás; ellos irán cuando deban ir. Y nosotros, andando. (A Dionisio y Vicenta.) ¡Adiós!

DION. ¡Ay! (Sentándose.)

VIC. ¡Ay! (Idem.)

(Saturnino va hacia el foro y se queda pensativo. Sinforiano, que le sigue se para. Dionisio y Vicenta siguen con interés los movimientos de Saturnino, que vuelve hacia ellos.)

SAT. Yo... en medio de todo, tengo buen corazón, y no puedo ver que os quedéis con la pena que os quedais.

VIC. (Con la cara muy alegre.) ¡Saturnino!

DION. (Idem.) ¡Saturnino!

SAT. (Se toca el bolsillo repetidas veces durante el párrafo siguiente.) Ya sabéis que soy tosco.

VIC. / DION. Sí.

SAT. Ordinario.

VIC. / DION. Sí.

SAT. Bruto, si queréis.

VIC. / DION. Sí.

SAT. Pero que a bueno y a generoso no me gana nadie. Desarrugar esa cara, que no os quedaréis sin saber lo que hoy pasa en la plaza con los miuras. (Sacando cinco céntimos del bolsillo.) Tomar, pa el *Heraldo,* pa que leais la revista del Barquero... (Dionisio y Vicenta, que se habían acercado a Saturnino esperanzados, vuelven a sus sillas cariacontecidos.) Tú, Sinforiano, echa pa la calle, que es tarde. (Vase por el foro.)

SINF. (A Dionisio y a Vicenta.) Yo lo siento; pero, ¡qué le vamos a hacer!

SAT. (Dentro.) ¡Sinforiano, que se hace tarde!

SINF. Voy. Vaya, adiós.

(Vase por el foro. Vicenta y Dionisio se quedan confusos y sin atrever ni a mirarse.)

DION. ¡Adiós!

VIC. ¡Adiós!

DION. ¡Vicenta!

VIC. ¡Dionisio!

DION. Tié razón.

VIC. Sí que tié razón.

DION. La pícara afición.

VIC. ¡Y para esto te ha hecho tomar un botella de agua de Carabaña!...

DION. Primero me ha purgao a mi; pero después... ¡Nos ha jeringao a los dos!

(Se abrazan cómicamente y cae el telón.)

FIN DEL SAINETE

24

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición).

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original. (Cuarta edición).

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La Redacción, sainete en un acto y en prosa, original.

El ama seca, zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa, música del maestro Calleja.

El mejor de los mundos, entremés en prosa, original.

¡Que nos entierren juntos! entremés en prosa, original.

El entierro de la sardina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La afición, sainete en un acto, dividido en dos cuadros, original.

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

PRECIO: UNA PESETA

ANTONIO RAMOS MARTIN

El entierro de la sardina

SAINETE

en un acto y en prosa, original

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

SAINETE

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTIN

música del maestro

RAFAEL CALLEJA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche del 19 de Enero de 1915



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1915

Al Sr. D. Julián Navarro y Gallego,

en prueba de cariño y respeto.

Antonio Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRUDENCIA	Carmen Andrés.
DOROTEA	Elisa Moreu.
CIPRIANO	José Moncayo.
VICTORIO	Casimiro Ortas (hijo).

La acción en Madrid.—Epoca actual



ACTO UNICO

Habitación modestísima en casa de Cipriano. Es esta una sala blanca con dos puertas a la derecha. Ventana al foro. Al foro izquierda una cama de matrimonio. En el centro una camilla con faldas. A foro derecha, una cómoda. A la izquierda, en primer término, un palanganero y colgado encima un espejo con marco.

—

(Al alzarse el telón, CIPRIANO está echado encima de la cama, tapado con una manta. PRUDENCIA está cosiendo; a los pocos momentos se levanta y de puntillas se acerca a la cama y observa detenidamente a Cipriano, que de pronto da un ronquido formidable.)

Música

Prud. Con ese ronquido
me ha tranquilizao;
al fin se ha dormido.
¡Si está reventao!
(Vuelve a coser.)
¡Pobre Cipriano mío!
Cuando está enfermo,
es cuando yo conozco
lo que le quiero;
y aunque le diga cosas
pa desahogarme,
daría cuanto tengo
por aliviarle.
¡Pobre, Cipriano!

Le quiero, como el día
que nos casamos.

(Se levanta otra vez y se acerca a la cama. Cipriano da una vuelta, dormido profundamente.)

Paece que descansa.
¡Qué dormido está!
Me voy convenciendo
de que esto no es na.
Cada vez que se pone
de esta manera,
me se ocurre: ¡Dios mío,
si se muriera!
Y sólo de pensarlo
me entra un ahogo,
que todo lo que me haga
se lo perdono.
¡Ay, mi Cipriano!
Te quiero como el día
que nos casamos.

(Al acercarse nuevamente a la cama despierta Cipriano quejándose.)

Cip. ¡Ay, ay, ay, ay!
Prud. ¿Qué es lo que hay?
Cip. ¡Prudencia, Prudencia,
que yo estoy muy mal!
Paece que me tronchan
la espina dorsal,
y tengo dolores
en este costao.
Prud. Pues tóo te lo tienes
muy bien empleao.
Cip. ¡Calla!
Prud. ¡Viejo chulo!
Cip. ¡Que yo estoy muy mal!
Prud. ¡Pendón! ¡Viejo verde!
¡Pingo! ¡Carcamal!
Cip. (Quejándose amargamente.)
¡Ay, ay, ay, ay!
Prud. (Remedándole cómicamente.)
¡Ay, ay, ay, ay!
Anda, vete ahora
con tus amigotes,
para que te curen
tóos esos dolores.
Estás ya muy viejo
pa juergas así.

Cip. Paece que me clavan
un puñal aquí.
(Llevándose la mano al costado.)

Prud. De cuarenta para arriba,
no te mojes la barriga;
—esto lo dice el refrán—
y tú tienes ya cincuenta,
si no llevo mal la cuenta
y pa bromas no estás ya.
Conque ya lo sabes;
no me seas indino,
sólo estás pa sopas,
bizcochos y vino.
No hagas más el ganso,
que eso no está bien,
porque eres más viejo
que Matusalém.

Cip. ¡Ay, ay, ay, ay!

Prud. ¡Ay, ay, ay, ay!
Anda, vete ahora
con tus amigotes,
para que te curen
tóos esos dolores.
Estás ya muy viejo
pa juergas así.

Cip. Paece que me clavan
un puñal aquí.

Prud. ¡Fastídiate!
¡Reviéntate!
¡Aguántate!
y ¡Chínchate!
No des más berridos
que estoy mareada;
si no tienes nada,
si no estás tan mal.
Tú tienes la culpa
por chulo cochino,
por viejo gorrino,
pendón, carcamal.

Hablado

Cip. (Sentándose en la cama.) ¡Maldita sea mi suerte! ¡Maldita sea hasta...! Y na, que no me se quitan los dolores.

Prud. ¡Y aun te duele poco y no toses ná pa lo que debías de toser!

Cip. Mira, Prudencia, no me inrites, que te meto una silla en la cabeza. ¡Ay! (Vuelve a quejarse.)

Prud. ¡Pero, si no tiés fuerza ni pa hablar! Si ya estás pa que te saquen al sol en una espuerta; pero el pollo no se quié convencer y como ha perdido la fe del bautismo y se le ha olvidao el año que le parió su madre, aun quié juergas con amigos tan pochingosos como él, con vino que le hace toser y con mujeres que podían ser sus nietas.

Cip. ¡Quiés callarte y compadecerme tan siquiera!

Prud. ¡Yo compadecerte, cuando tú te lo has buscao! Vístete de máscara a tus años y vete a Recoletos a dar bromas, que ahí tiés las consecuencias.

Cip. (Levantándose de la cama con gran trabajo.) ¿Pero es que tú te crees que un hombre a los cincuenta y cuatro años, no cumplidos, se va a encerrar en casa como un fraile descalzo? ¿A quién falto yo con divertirme honradamente vestido de destrozona el domingo de Carnaval?

Prud. ¡A ti mismo! Pues, anda, que estás muy bonito, con refajo, cubre-corsé y esos bigotes de sereno.

Cip. Es que pa ti no hay más diversión que el cocido comido en familia.

Prud. No, señor; a mí me gusta divertirme, pero sin hacer el ridículo y sin poner en evidencia a esos pelos blancos que te han brotao en eso que paece un melón.

Cip. ¡Pa discutir no hace falta ofender!

Prud. ¿Y tú crees que no me ofendes a mí cuando te veo salir de casa vestido de esperpento?

Cip. (Con cierta dignidad.) ¡Eso de esperpento!...

Prud. ¡A ver si te crees que te han tomao en la Castellana por la de Esquilache! Está divertida la mujer que da con un castizo, como tú dices. Te has figurao que pa ser madrileño de verdá te tiés que emborrachar el día de San Antonio; que comprarte un pito en la pradera de San Isidro; que empeñar el colchón pa ir a la corrida de inauguración de la temporada; que cebarte con bellotas el

día de San Eugenio, y que ir a que te bendigan la cebá el día de San Antón.

Cip. Eso del cebar y lo de la cebada, ha sido llamarme gorrino y caballería, tóo en una pieza, y a mí no me se dicen indireztas, porque soy muy caballero y no te las tolero ni a ti ni a nadie.

Prud. ¡Pues te las digo a ti y a quien se presente!

Cip. ¡No me alces el gallo! (Amenazador.)

Prud. ¡Lo alzo siempre que quiera! (Chillando.)

Cip. ¡Que no me chilles!

Prud. ¡Me da la gana! (Poniendo el grito en el cielo.)

Cip. ¡Prudencia!

Prud. ¿Qué hay?

Cip. No te olvides de que te llamas Prudencia.

Prud. ¿Y qué?

Cip. ¡Que como me falte a mí!...

Prud. ¿Qué vas a hacer, vamos; qué vas a hacer?

Cip. Cállate, que hay enfermo en la casa.

Prud. ¿Quién es el enfermo?

Cip. ¡Yo!

Prud. ¿De gravedad?

Cip. Como que ya no sé si tengo costipao, gripe, trancazo, pulmonía o empacho de matrimonio.

Prud. ¡Más empachá estoy yo!

Cip. ¡Pues, miá que servidor! Diez y seis años viviendo en compañía de un cardo cuco...

Prud. ¿Y yo? Condená a estar toda mi vida con un higo chumbo.

Cip. ¡Eso del higo chumbo, ni en broma!

Prud. Si lo digo muy en serio.

Cip. ¡Como sigas faltándome, te doy una bofetá.... (Al alzar la mano para pegarla se recrudecen los dolores y se sienta con desesperación.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Maldito sea el dolor!

Prud. (Acercándose cariñosamente a su marido.) ¿Lo ves, Cipriano? ¿Ves como no pués con tu alma? ¿Ves lo que traen las juerguecitas a tus años? Conténtate con tu cocidito caliente al mediodía, tus patatas guisás por la noche, tu braserito en casa y tu mujer a todas horas

Cip. Que es un pogramita pa hacer la felicidad de un hombre de mi temperamento. Pa eso, más vale estirar la pata de una vez. Bueno es el cocido y las patatas a diario; transijo

con el brasero, y hasta contigo, que ya es transigir; pero, de vez en cuando, déjame que eche una cana al aire con los amigos.

Prud. ¡Con unos cotorrones como tú!

Cip. (Quejándose.) ¡Ay! Esto es un aire colao que me se ha fijao en esta paletilla de la izquierda.

Prud. (Acercándose a él cariñosamente.) ¿Quiés que te haga una taza de té y te la tomas bien caliente, te metes en la cama y te pongo una botella de agua en los pies, a ver si sudas?

Cip. ¡Y en Miércoles de Ceniza! ¡El día del entierro de la sardina, metido en la cama! ¡Yo sin ir al Canal! ¡La primera vez que falto en cerca de cuarenta años! (Paseándose por la habitación.)

Prud. Como que te van a echar mucho de menos, y mañana no van a traer tu nombre los periódicos en los Ecos de la Sociedad.

Cip. ¡No te pitorrees, que cobras!

Prud. Yo cobraré, pero tú las estás pagando todas juntas.

Cip. Bueno; basta de conversación, que no soy ningún niño de teta pa que me estés sermoneando too el santo día.

Prud. Está bien; pero tú tiés la culpa de lo que te pasa. Tú, y nadie más que tú.

Cip. ¡Y dale! ¡Enfriamiento, y encima, jaqueca!

Prud. Conque, ¿que? ¿Te hago la taza de té pa ver si sudas?

Cip. ¿Quiés dejarme en paz de tomar más potingues? Acércame la botella aquella del aguardiente.

Prud. ¡Aguardiente!... ¿Pero, tú estás loco, hombre de Dios? ¿Te crees que estoy tan chiflá que te voy a dejar que bebas? ¡Vamos, que te se quite de la cabeza! ¿Aguardiente?... ¡Rejalgar!

Cip. ¿Lo ves, Prudencia, lo ves cómo discutes igual que una mula de varas? El aguardiente que quiero no es el de la taberna, sino el de la botica; no el que se da en copas, sino el que se da en friegas; el que me trajiste anoche pa este dolor de la espalda, que no me se quita. ¡El al-can-fo-rao!

Prud. Pues se dice claro. (Va a la cómoda y coge una botella.)

Cip. Pero, ¿tú crees que hay quien te interrumpa cuando te desbocas?

Prud. ¿Te das tú la untura o te la doy yo?

Cip. Dámela tú, que yo no llego; pero sin apretar tanto como anoche, que me sacaste brillo. (Prudencia coge un pedazo de franela y echa en él unas gotas de la botella. Cipriano se desabrocha el cuello de la camisa y se echa de bruces encima de la camilla.)

Prud. (Preparándose para la operación.) Pues esa es la manera de que te haga el efezto.

Cip. Ya sabes; en la paletilla de la izquierda; conforme bajas pa los riñones, te echas pa este lao.

Prud. (Dándole la friega con dulzura.) ¿Aquí?

Cip. ¡Un poco más arriba!... ¡Más abajo!... (Quejándose.) ¡Ay! Ahí mismo, en donde parece que me pinchan.

Prud. Ya verás cómo te se pasa deseguida.

Cip. No aprietes tanto, que lo tengo muy resentido desde anoche.

Prud. (Sigue apretando cada vez más fuerte, hasta que al final del párrafo lo hace con verdadera furia.) ¡Que no aprete, que no aprete! Qué bien empleao te está, y too, por no tener yo carázter, por dejar que hagas tu santísima voluntá.

Cip. (Retirándose.) ¿Eh? ¿Eh? Mira, Prudencia, no te incomodes hasta que acabes de frotar, que me estás sacando el pellejo a tiras.

Prud. (Continuando la frotación.) Y too, ¿pa qué? Pa que cuando estés bueno, no te acuerdes de que has estao malo, y vuelvas a las mismas. (Indignándose poco a poco y apretando en la friega.) Pero, no va a ser así: desde hoy voy a tener genio, y yo te juro que no vuelves a abusar de mi debilidad.

Cip. ¡Tú! ¡Tú! Que no estás tan débil como crees. ¡Gachó, qué modo de apretar; paece que me han puesto una banderilla de fuego!

Prud. (Dejando la botella encima de la cómoda.) Ya verás qué pronto te se pasa. Ahora, lo que debías de hacer, era echarte un rato.

Cip. Sí que me voy a tumbar, porque esto me arde. (Se echa en la cama: Prudencia le tapa con la manta.)

Prud. (Con mimo.) Abrígate bien, que estás sudando. ¿Te duele mucho?

Cip. Paece que me se calma un poco.

Prud. A ver si logras dormir, aunque no sea más que media hora, mientras yo bajo a la tienda.

(Aparece por la primera derecha DOROTEA. Es una mujer de unos cincuenta años, viste de luto y lleva pañuelo negro a la cabeza.)

Dor. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

Prud. Adelante, señá Dorotea.

Dor. ¿Cómo va ese valor, señor Cipriano? (Acercándose a la cama.)

Cip. ¡Tal cual!

Dor. Pues, tenga usté cuidao con las enfermedades, que en este tiempo todas tienen importancia, y a sus años de usté, más. ¿Dónde le duele a usté?

Cip. Aquí en esta paletilla.

Prud. No debe ser ná; un frío.

Dor. (A Prudencia.) Póngale usté un ladrillo bien caliente y que se tome una taza de orégano casi hirviendo, que con un dolor así le empezó la pulmonía a mi difunto que en gloria esté. (Llorando.) Un viernes se quejó por primera vez, y al domingo siguiente me dejó viuda. (Con naturalidad.) Dende entonces no he vuelto a tener ninguna alegría.

Cip. ¡Ya lo veo, ya!

Prud. Lo de éste no tié importancia.

Dor. Eso mismo decía yo, y ya ve usté, vestida de negro pa toda mi vida! (Llora ruidosamente.)

Cip. Vamos a cambiar de conversación si les paece a ustedes. ¿Qué, hay mucha animación por las calles?

Dor. Yo no me fijo en las diversiones. a mí no me verán ustés nunca en donde se diviertan los demás; yo ya he quedao pa consolar a los que lloran. Voy donde sé que se sufre y así les entretengo con mi conversación y hago una obra de caridad. Ahora, vengo del cuarto cuarto, de casa de Pepe el albañil, que se ha caído de un andamio y se ha roto tres costillas. ¡Hay que ver cómo están! Eso son penas; él, sin poder moverse; la mujer, recién dada a luz y con dos chicos con sa-

rampión, y la agüela que se va a morir de un momento a otro; tié una calentura tremenda, ya no conoce y no sabe lo que se dice. Ya ven ustés; a mí se ha hartao de insultarme: desde que entré no ha cesao de decir: «¡Que se vaya esa tía bruja! ¡Que se vaya esa tía bruja!»

Cip. ¿Y dice usté que no la ha conocido? Pues, cuando dice estas cosas, es que no está tan mal de la cabeza.

Prud. Eso es que deliria.

Cip. Pues, yo, desde que ha entrao usté, paece que no tengo muy firme la cabeza.

Dor. ¡A ver! (Se acerca a la cama y le toca la frente.) ¡Como que me paece que tié usté calentura! (A Prudencia.) ¿Tié usté por ahí unos sinapismos y se los ponemos?

Prud. No los tengo.

Cip. ¡Ni yo los quiero!

Dor. Entonces, traiga usté un cepillo, que le voy a frotar las piernas para llamar la calor abajo.

Cip. ¡Que no, señora!

Dor. ¡Si yo misma se los doy!... (Disponiéndose a darle las friegas.)

Cip. ¡Que no he dicho! (Sentándose en la cama.) ¡Qué ganas tié usté de verme las pantorrillas!

Dor. No gaste usté bromas, y ándese con ojo, que este Madrí es muy traicionero. Ya ve usté mi pobre Zacarías, el jueves un roble, y el lunes en el Este. (Llora con exagerado desconsuelo.)

Cip. ¡Quié usté hacer el favor de no compararme con ningún difunto!

Dor. (Gimoteando.) Se acostó creyendo que era cosa de un par de días, y ya no se levantó de la cama.

Cip. (Saltando de la cama.) ¡Rediez! ¿Y era usté la que venía a entretenernos con su conversación?

Prud. Vamos, hombre, no te levantes, no hagas tonterías.

Cip. Si ya no me duele ná.

Dor. Tal vez le vuelva; a veces se quita un rato el dolor, pa entrar luego con más fuerza.

Cip. (A Dorotea.) ¿Pero cómo deja usté la portería abandoná tanto tiempo?

Dor. Se ha quedao abajo mi sobrina, la casá con el sacristán de la Sacramental de San Leandro.

Cip. ¡Sí que tié usté una familia como pa una juerga!

Dor. ¿Y le ha visto a usté el médico?

Prud. Pero, hija, si lo que tié y na es lo mismo. Los hombres, que ya sabe usté que son muy quejosos.. (Arregla la cama, doblando la manta y colocándola sobre los hierros.)

Dor. ¿Y ustés no pertenecen á la Sociedad «El Socorro de enfermos y difuntos».

Prud. En esta casa no hemos estao nunca enfermos.

Cip. ¡Ni difuntos!

Dor. Pues debían ustés de hacerse; es una gran cosa esa Sociedad; por cincuenta céntimos al mes, tien ustés derecho a médico y botica, en caso de enfermedad; a comadrona, en caso de embarazo; y en caso de defunción, a coche de segunda con cochero con peluca blanca, berlina pa el duelo con faroles enlutaos y un sarcófago con barandilla de hierro y cruz de aluminium en el Este o en el cementerio civil si es usté hereje y no cree en Dios. Me parece que por seis pesetas al año no se pué pedir más y se muere uno con la tranquilidad de que tóo lo tié pagao. ¿Qué les parece a ustedes?

Prud. Una verdadera ganga.

Cip. ¿Y a usté no le dan ganas de fallecer pa aprovecharlo todo?

Dor. ¡No, hijo! Pero yo sé de una familia muy desgraciá...

Cip. (Con rapidez.) Oye, Prudencia; ¿no decías que tenías que bajar a la tienda?

Prud. Luego bajaré.

Cip. No, tonta; vete ahora, y así acompañas a la señá Dorotea hasta la portería.

Dor. Tié razón el señor Cipriano; váyase usté ahora que estoy yo aquí: me quedaré haciéndole compañía, y dándole conversación.

Cip. (Rápidamente.) ¡No!... ¡No se moleste usté! (Con mucha amabilidad.)

Dor. No es molestia; no faltaba más. Así no se queda usté solo, porque los enfermos, en

cuanto no tién con quién hablar se ponen a pensar en cosas tristes.

Cip. ¡Yo no!

Prud. Tú es que quiés dormir y nos echas.

Dor. ¿Siente usté como pesadez en los ojos?

Cip. Sí; mucha pesadez y empiezo como a ver visiones, y esto me se pasa durmiendo.

Prud. Espere usté un momento. (Entra por la segunda derecha y sale al poco tiempo, llevando al brazo una cesta pequeña.)

Dor. (Acercándose cariñosamente a Cipriano.) Vamos, con toda confianza; ¿quié usté que me quede?

Cip. ¿Con toda confianza?... Váyase usté.

Dor. Ya sabe usté que si se le ofrece algo estoy en la portería y que no me importa, si hace falta, velarle a usté.

Cip. (A gritos.) ¡Prudencia!

Prud. (Entrando en escena.) ¿Qué quiés?

Cip. ¿Pero, no te vas?

Prud. Ahora mismo. ¿Viene usté, seña Dorotea?

Dor. Cuando usté quiera.

Prud. (A Cipriano.) Y tú, cuidao con lo que haces; no te vayas a asomar a la ventana pa ver las máscaras, y cojas lo que no tienes. (Se pone el mantón que tiene encima de una silla.)

Cip. Descuida, que no me asomo.

Prud. Pues hasta luego.

Cip. ¡Adiós!

Dor. Más tarde subiré a hacerle a usté otro ratito de compañía.

Cip. ¡No!... No se moleste usté.

Dor. Si lo hago con mucho gusto.

Prud. ¡Vaya, adiós!

Dor. ¡Con Dios!

Cip. ¡Adiós! (Vanse por la primera derecha Prudencia y Dorotea.) ¡Reconcho, qué mujer!; si sigue aquí cinco minutos más, empiezo a agonizar. Eso no es una portera, eso es el camino del Este. (Se pasea por la habitación; luego se acerca a la ventana y mira por los cristales hacia el cielo.) ¡Vaya un cielo! ¡Ni una nube! ¡Y que con un día así me tenga yo que estar encerrao en casa toda la tarde!... ¡Vamos; es pa tomarse una pastilla de sublimao!... (Apoya la frente en los cristales y mira a la calle con melancólica curiosidad.)

Música

(Aparece por la primera derecha VICTORIO. Este es un respetable ebanista de cincuenta y ocho años. Viste una falda muy llamativa y blusa de color rabioso, botas de elástico y medias a listas. A la cabeza lleva un sombrero de paja adornado con cuatro plumas de plumero. En la mano derecha un abanico y en la izquierda una bolsa de percalina. Lleva la careta puesta.)

Vic. (Desde la puerta.)
¿Da usté su permiso?
Cip. Pase usté adelante.
Vic. (Fingiendo la voz.)
¡Que no me conoces!
Cip. ¿Qué no te conozco?
Espera un instante;
deja que te mire.
Vic. No sabes quien soy.
Cip. Antes de un minuto
a decirlo voy.

(Mira detenidamente a su amigo, el cual se contonea coquetonamente.)

—

Me pareces por delante
la Chelito enteramente,
porque, chico, te has vestido
pero qùe divinamente.
Por detrás, la Fornarina;
y si miro bien ahora,
me pareces la Argentina,
la Molina o la Pastora.

Vic. (Fingiendo la voz.)
Na, que no lo aciertas.
Cip. Cállate y verás.
Tú eres Isidoro.
Vic. No lo acertarás.
¡Vaya si eres torpe!
Cip. ¡Qué le voy a hacer!
Vic. ¡Eres muy borrico!
Cip. ¡Gracias!
Vic. No hay de qué.

—

Cip. Por las curvas de delante
y por todas tus maneras,
a Totó te das un aire

cuando mueves las caderas.
Y ahora, sí te has parecido,
y lo he visto ya bien claro,
a la Olimpia, la Guerrero,
la Villar o don Jenaro.

Vic. Na, que no lo aciertas.

—

Cip. Cállate y verás:
tú eres Cayetano.

Vic. No lo acertarás.

Cip. ¡Fuera la careta!

Vic. ¿Me la quito ya?

Cip. ¡Me doy por vencido!

Vic. Pues, chico, allá va. (Quitándose la careta.)

Cip. (Con gran asombro.)
Yo estoy asombrao.
¡Ni en cuatro semanas
lo hubiera acertao!

Vic. (Con gran satisfacción.)
Eso es porque vengo
muy bien disfrazao.

Hablado

Cip. No te había conocido.

Vic. Vengo bien vestido, ¿verdá?

Cip. ¡De primera! (Levantándole las faldas.) Es que no te falta un detalle.

Vic. (Enseñando la ropa interior.) Tú, fíjate bien, y quédate bizco; falda de barros, de semiseda; enagua pantalón, corsé rezto y ligas Aida.

Cip. (Señalando el abultado pecho de su amigo.) ¡Y con declive y todo!

Vic. ¡A ver! Una toalla aquí, y dos en las caderas pa hacer las formas.

Cip. ¡Es que pareces una señora de verdaz!..

Vic. ¡Una señora!... Tú esamíname bien, a ver si sabes de lo que vengo disfrazao. (Se pasea por escena recogiéndose la cola.)

Cip. Pué que me equivoque; pero a mí me parece que vienes disfrazao de señora.

Vic. ¿De señora?.. ¡de cocota francesa! Si no hay más que verme. Hasta el sombrero tié caràzter: un canotier de mi cuñao, adornao por mí con una chalina y unas plumas del plumero.

Cip. Yo esperaba verte vestío de fantasía como toos los años.

Vic. ¡De fantasía! (Se sientan y encienden pitillos.) Me se quitan las ganas de estrujar el caletre pa inventar algo que llame la atención: en este país no saben apreciar ni el ingenio ni el mérito de los disfraces; y mejor te premian un bebé vulgar o un pierró de percalina, que una máscara vestida de cafetera rusa, pongo por caso. Yo soy una vítima de esto, como tú sabes. ¿Qué me pasó hace cinco años, cuando me se ocurrió salir a la calle vestido de padre Adán antes del pecao?

Cip. ¡Que te metieron en la cárcel! ¡Pero, hay que ver que no te pusiste ni una mala hoja de parra!

Vic. ¡Qué hoja ni qué narices! ¡Si era antes del pecao! ¡Cómo se ve que no has leído el Fleuri!

Cip. De todas maneras, eras un Adán muy fresco...

Vic. En aquella ocasión me detuvieron por cuestión de creencias religiosas, fuí una vítima de la reación. ¿Y lo del año pasao, tié nombre? Me estoy siete meses haciéndome con judías blancas un traje de don Cristóbal Colón, que quitaba la cabeza; ya te acordarás.

Cip. Paece que te estoy viendo.

Vic. Y que me salió como los ángeles; parecía que me acababa de bajar de la carabela. Bueno; pues llega el martes de Carnaval y me voy a la Castellana pa presentarme al Jurao, seguro de que el premio era pa mí. Llego ante la tribuna y, después de saludar, (Se sube en una silla.) adozto la misma postura que la estatua, con un dedo así, señalando hacia las Américas, y va un concejal del Jurao y le dice a un guardia: «Al señor de las judías una hojita de laurel y que lo estofen.» ¿Hay derecho?

Cip. En eso llevas razón.

Vic. ¡Claro, hombre! Otro año me he vestido de Chindasvinto, con la coraza hecha de cáscaras de nuez; otra vez de rey de copas con cabezas de cerillas; de Comendador con fototipias... y como si ná. Mientras el Jurao

no lo formen Benllure, Sorolla o gente así, mangue no se disfraza de fantasía: a mí no me vuelven a nombrar el estofao. Y que bien sabe Dios que no es por los cochinos cinco duros d-l premio, sino por la satisfación del orgullo del amor propio. Ya ves, veinticinco pesetas me las gasto yo esta tarde en el Canal, de mi bolsillo particular.

Cip. ¡Veinticinco pesetas! ¡Y en el Canal! ¡Pa ti es el mundo, Vitorio!

Vic. No me quejo de mi suerte. Se trabaja, se gana y se gasta. Y eso que hoy, pués creerme, bajo al Manzanares con una pena muy grande.

Cip. ¿Qué te pasa?

Vic. (Con tristeza.) Mi mujer que...

Cip. ¡Otra como la mía! ¡Odia tóo lo que sea juerga!

Vic. ¡Quiá, hombre! ¿Odiar? ¡Buena es la Froilana! Hoy tié el gran disgusto, porque no ha podido disfrazarse conmigo.

Cip ¿Pero tu mujer.. ?

Vic. ¡Anda! ¡es un punto de juerga! Ella es la que me anima a mí toos los años; pero, amigo, le ha salido un divieso como una avellana y como iba a ir de hombre y en las apreturas siempre hay quien se aprovecha y hasta quien pellizca, no se ha atrevido.

Cip. Ha hecho bien, porque los hay muy bárbaros.

Vic. Claro, y era exponerse a una tontería; porque como ella es gruesa, resulta que con pantalones tié muy desarrollao el lugar del suceso y las carnes siempre atraen y toos los golpes iban a ir a parar al granito. Ya el año pasao estuvo en tanto así de que no me quedara viudo por causa de tres o cuatro graciosos, que nunca faltan. Verás lo que me pasó: yo me vestí el miércoles de Ceniza de señora de la aristocracia, con descote, y mi mujer se hizo un traje de astrónomo, de satén negro con estrellitas de papel de plata y con un gorro de cucurucho así de alto.

Cip. Ahora me acuerdo de que sus ví.

Vic. Bueno; pues apenas llegamos, empiezan a

decir unos bebés que mi mujer era el delegao del distrito vestido de cucaracha, y van y nos rodean y empiezan a jugar al corro y a dar gritos alrededor de nosotros; y en esto uno que iba vestido de don Juan Tenorio, se acerca á la Froilana y le da así en el gorro y se lo mete hasta los hombros. ¡Qué golpe no sería, que éramos tres a tirar del cucurucho y el cucurucho sin salir, y la pobre que me se ahogaba! No te digo más que, cuando la desenchufamos, estaba más negra que el traje, con los ojos muy saltones y sin hacer más que abrir la boca como los besugos y pedirnos que la soplásemos.

Cip. Sí que fué una bromita.

Vic. ¡Como que por poco me se queda exámine dentro del gorro! ¿Pues tú te creerás que se la quitaron las ganas de divertirse? Al con trario; aquello la animó y entonces fué cuando empecemos la juerga, y bromazo por aquí y copa por allá, y mascarita por este lao y «no me conoces» por el otro, y vengan chatos y medios chicos y quinces con Selz, acabamos el matrimonio con una sebastiana como de sábado. Luego al llegar a casa nos echó mi nuero la gran repasata, diciéndonos que vaya un ejemplo que íbamos a dar los agüelos a las criaturas.

Cip. ¿Cuántos nietos tienes?

Vic. Siete y lo que venga.

Cip. ¿Y toos los muchachos se habrán disfrazao?

Vic. ¡Quita, hombre! ¿Crees que estoy loco pa consentir yo...? Esto no es pa chicos: pa vestirse de máscara hay que tener sentido común. Tiempo les queda de divertirse, cuando sean viejos.

Cip. Eso es pensar como se debe de pensar.

Vic. Natural: mi mujer y yo no hemos sabido lo que era divertirse y gozar de la vida hasta que hemos tenido a los hijos criaos; pero lo que es ahora no llega una Nochebuena sin que la Froilana y yo salgamos a la calle con una zambomba y un almirez y nos estemos divirtiendo los dos solitos hasta las seis u las siete de la mañana; pero divirtiéndonos en serio que es como se debe uno de divertir. Y

así en todas las fiestas. ¿Que llega Carnaval? pues una careta y una escoba y a dar blincos. ¿Que la corrida de Beneficencia? una manuela y dos andanás de sol. ¿Que la verbena? mantón de Manila, un tiesto de albahaca y cólico de churros. ¿Que el día de los difuntos? juerga en el cementerio y una indigestión de buñuelos: cá fiesta nos viene a costar un mes de cama, eso es verdad; pero con flor de malva y agua de Carabaña a tóo pasto, vamos tirando.

Cip. ¡Eso es saber ser madrileño!

Vic. Y lo demás es no ser paisano de Netuno, ni Cristo que lo fundó. Pero yo estoy aquí charla que charla y tú escuchándome con la boca abierta y sin vestirte.

Cip. (Con extrañeza.) ¿Cómo sin vestirme?

Vic. Pero, ¿es que te vas a estar en casa con una tarde como la que hace?

Cip. Es que estoy malo.

Vic. ¿Malo? En cuanto te pongas la careta te se han quitao toos los achaques. Vamos, hombre, que nos está esperando la sardina pa que la enterremos y que ya sabes que formamos la presidencia del duelo.

Cip. (Resistiéndose.) Dispensa, Vitorio; pero hoy no puedo.

Vic. (Animándole.) Que nos están esperando en la Ronda tóos los amigos.

Cip. Miá que he pasao la mañana revolcándome de dolores.

Vic. Desde que estoy yo aquí no te has quejao ni una sola vez.

Cip. Es que me se ha aliviao con una untura que me ha dao la Prudencia.

Vic. ¿Vienes o no? que estamos perdiendo lo mejor de la tarde.

Cip. (Vacilando.) ¡No me tientes, Vitorio, no me tientes!

Vic. Anda, hombre.

Cip. ¡Pero y mi mujer que cree que estoy de gravedad y me ha aconsejao que ni me asome a la ventana!...

Vic. Ya se hará cargo de que estás en la edad; y además, antes de que vuelva ya estamos en la calle.

Cip. ¿Y si viene antes?
Vic. La hablo yo y la convenzo.
Cip. ¿Vestido así? Te desnuda de la primera bofetá.
Vic. No será tanto; pero anda, vístete de una vez.
Cip. (Dudando.) Mira que tú eres el responsable.
Vic. Lo soy.
Cip. Si tampoco tengo careta...
Vic. La compramos abajo en la cacharrería.
Cip. (Dudando cada vez más.) Pero...
Vic. Anda, so pelma; que nos está esperando una ensalá de escabeche, que quita tóos los dolores.
Cip. (Con resolución heroica.) ¡Qué demonio! ¡Tiés razón; me has convencido: un día es un día! (Se dirige a la cómoda e intenta inútilmente abrir los cajones.) ¡Malditas sean las llaves! ¡Tóo lo ha dejao cerrao!
Vic. ¿Y no tiés traje?
Cip. Espérate, que voy aquí, a casa de la señá Alfonsa. (Vase precipitadamente por la primera derecha.)
Vic. Y que no tardes mucho, que ya sabes que nos están esperando. (Se mira al espejo.) Hay que ver, que visto de lejos, parezco una mujer de verdá! Lo que agracian estos pingos sabiéndolos llevar. (Se pone la careta y empieza á hacer figuras y saludos como si estuviera en Recoletos dando bromas, al tiempo que aparece PRUDENCIA que se queda sorprendida primero, y luego se dirige hacia él como una furia, sin que Victorio advierta su presencia.)
Prud. (Cogiendo a Victorio por los brazos y zarandeándole bruscamente.) ¡Pero, es que tú te has creído que me vas a tomar los cuatro pelos que me quedan, so espantajo! Pues estás muy equivocao, y no estoy dispuesta a que se ría de la hija de mi madre ni tú, ni cincuenta como tú.
Vic (Intentando, inútilmente, desprenderse de Prudencia.) Pero si yo...
Prud. ¡Y quítate esta visión! (Le quita la careta y sin mirarle siquiera la pisotea con rabia, bailando encima de ella un verdadero tango.) ¡Y lo que hago con la careta, lo hago lo mismísimo con tu cara! ¿te enteras? (Volviéndose y quedándose aterrada al

encontrarse frente a frente con Victorio.) ¡Señor Vitorio!

Vic. ¡Sí que tié usté un modo de saludar á las visitas!... (Tocándose las narices para cerciorarse de que aún están en su sitio.)

Prud. ¿Pero era usté?...

Vic. Me parece que sí. ¡Rediez, por poquito me se lleva usté las narices detrás de la careta.

Prud. Yo no sabía...

Vic. ¡Sí que es usté pa darla una bromita!

Prud. ¿Y por qué no me ha dicho usté quién era?

Vic. Si he querido hablar y no me ha dejao usté ni acionar siquiera.

Prud. Usté perdone; es que me creí que era Cipriano. (Dándole la careta.)

Vic. Ya he visto que me trataba usté con toda confianza.

Prud. Es que me cegué al entrar, porque, como ví un mamarracho, creí que era mi marido.

Vic ¡Hay que ver dónde me ha puesto las caderas! (Arreglándose el relleno.)

Prud. Y hablando de otra cosa; ¿se pué saber qué tripa se le ha roto a usté en esta casa?

Vic. Tanto como tripa, no me se ha roto ninguna. He venido de visita.

Prud. ¿De visita? Y vestido de cupletista. Usté ha venido a levantar de cascos al calandria de mi marido. En cuanto que le he visto, me ha dado en la nariz; pero, por esta vez, se ha colao usté, mi amigo. Cipriano no va hoy de juergecita; se queda con su mujer jugando al tute: ¿lo oye usté?

Vic. Es muy dueño de hacer lo que quiera; pero, conste, que yo he venido como un amigo.

Prud. Amiga, querrá usté decir...; no se ha mirao usté al espejo.

Vic. Le doy a usté mi palabra de hombre que..

Prud. ¿De hombre? ¡Que se le cae a usté una cadera, vecina!

Vic. (Se levanta amenazador, pero se contiene.) Si no reparara en que estoy hablando con una señora...

Prud. ¿Y usté qué es?

Vic. ¡Un hombre!

Prud. Con enaguas.

Vic. Pero con pantalones debajo.

Prud. También los llevo yo y de tira bordada y con entredós, lo mismito que usté. (Levantándole las faldas.)

Vic. (Retirándose.) Haga usté el favor de no propasarse.

Prud. ¿Va usté a gritar, doña Vitoria?

Vic. Pa llamar a su marido y entenderme con un hombre.

Prud. ¿Mi marido? Mi marido es otro pánfilo como usté, a quien los vejestorios de los amigos me lo están trayendo de la Ceca a la Meca; pero, esto se ha acabao ya; y si a su señora de usté le hace gracia que su marido se vista de muñeco del Pim-pam-pum, a mí no me la hace, y quiero vivir con un hombre y no con el tío del higuí. ¿Lo oye usté, agüelo? Porque usté ya es agüelo seis u siete veces.

Vic. Sí señora, y a mucha honra. ¿Qué hay?

Prud. Que ahora que caigo, sí, a usté le han vestido de ama seca pa que los destete y los saque a pasear.

Vic. ¡Que yo no la insulto a usté!

Prud. ¡Hay que ver, señor! Un tío con el cepillo de las botas por bigote, vestido de la bella Lulú. Habrá usté dejao en cueros á toda la familia pa hacer de reir a la vecindad.

Vic. ¿Sabe usté lo que la digo? Pues que se meta usté con su marido y que me deje á mí en paz, ya que no tengo la desgracia, como Cipriano, de estar casao con un piporro.

Prud. Sí que debe usté de vivir con una castañuela.

Vic. Vivo con una mujer, que sabe dar a cada edad lo suyo.

Prud. Me figuro que a usté no le dará la fosfatina.

Vic. Lo que me da mi mujer es libertad, porque es lo suficientemente razonable pa no cohibirme.

Prud. ¿Pa no qué?

Vic. Cohibirme.

Prud. ¿Y qué es eso tan raro?

Vic. No cohibir, es no fastidiar, molestar o chinchar al prójimo. Mi Froilana no es una inquisidora, y no me tié metido un un puño.

Prud. Pero soy una inquisidora que llevo a mi

marido muy relimpio por dentro y por fuera, y lleva muy bien repasá la ropa interior pa poder desnudarse delante de quien quiera, sin miedo a enseñar los calcetines con tomates, y los calzoncillos con melocotones. (Aparece por la primera derecha CIPRIANO, elegantemente vestido de destrozona con una falda y una blusa viejas, y pañuelo a la cabeza. En una mano lleva un soplillo y en la otra una escoba.)

Cip. (Cantando.) ¡Allons enfants de la Patrie!

Vic. ¡Cipriano!

Prud. ¡Mi marido!

Cip. (Con verdadero terror.) ¡Mi mujer!

Prud. ¡Ven aquí, enfan de la Patrí, que te voy a romper el alón!

Cip. (Con timidez.) ¡Prudencia!

Prud. (A Victorio.) ¿Pero, ¿por qué no me había usté dicho que estaba esperando a la Fornarina?

Vic. ¡Pués ir desnudándote, Cipriano!

Prud. ¡Quiá, hombre! si ahora nos vamos a ir los tres a casa de Alfonso a que les haga á ustés una ampliación.

Vic. (A Cipriano.) Te advierto, que está chungona.

Cip. Escúchame, Prudencia.

Vic. Yo soy el que quiero explicarla a usté...

Prud. A usté, nadie le ha pedido relaciones en este asunto.

Vic. Es verdad que nadie me ha pedido relaciones; pero, yo se las quiero pedir a usté.

Cip. (A Victorio.) Miá que te va a dar calabazas.

Prud. Vaya un dos de bastos. Me debo estar poniendo muy colorá de la vergüenza de verles a ustedes.

Cip. Atiéndeme, Prudencia, que te voy a hablar en serio.

Prud. ¿Con esa facha? ¡Quítate de mi vista y vete donde quieras; anda pa el Canal, y tirate de cabeza; pero, a mí, no te me presentes vestido más que de hombre!

Cip. ¡Prudencia!

Prud. Y ahora cuando salgas, me haces el favor de comprar una jaula y meter en ella a esa cotorra que ha venido a sacarte de tus casillas.

Vic. ¿Me deja usté hablar?

Prud. Grazne usté lo que quiera.

Vic. Toos los hombres tenemos un defezto en la vida: unos juegan, otros beben, algunos zurran a sus mujeres, y los hay que se emborrachan, juegan y zurran, tóo a un tiempo. Nosotros, gracias a Dios, no tenemos más vicio que el de divertirnos. ¿Que usté ha nacido más seria que un ajo y no le gusta la broma?... ¡santo y bueno, muy respetable esa manía!... Pero deje usté que la gocen los que no piensan del mismo modo, que con ello no deshonran a nadie ni traen la ruina de su casa. Mi mujer al principio era como usté, pero poco a poco la he ido convenciendo de que de esta vida no se saca más que lo que se haya uno divertido; y hoy es más alegre que un organillo, y va con su marido donde se tercia, y nos emborrachamos a medias, y de este modo sabe que yo no voy a buscar la alegría en otra casa, porque la tengo en la mía; y muchas veces, señá Prudencia, se pierde un hombre por no soltar a tiempo una carcajada. He dicho.

Cip. (A Victorio.) Sigue, que está más blanda que una breva.

Vic. Y esto que la digo a usté es el Evangelio de la misa, el dóminus malvavisco de la vida. ¿Es malo el señor Cipriano?

Prud. Nadie ha dicho que sea malo.

Vic. ¿La ha pegao a usté alguna vez?

Prud. En jamás.

Vic. ¿Se la ha pegao a usté alguna vez?

Prud. Nunca, que yo sepa.

Vic. ¿Pues qué más podía usté querer? ¿haberse casao con el Arzobispo-Obispo de Madrí-Alcalá?

Cip. ¿Qué contestas a esto?

Prud. Que te vayas al Canal, y que me dejes en paz.

Cip. Yo no voy.

Vic. (Con extrañeza.) ¿Que no vienes?

Cip. Yo no voy solo.

Prud. ¿Pero no tienes ahí a tu amigo que te está esperando hace una hora?

Cip. Es que quiero que nos acompañes tú.

Prud. (Con sorpresa.) ¿Yo?

Vic. Tié razón Cipriano; usté debe de venir con nosotros.

Prud. ¿Están ustés locos?

Cip. Como que si no, no voy. (Se sienta.)

Vic. Di que sí; que nos acompañe.

Cip. Como que si no, me quedo en casa.

Vic. ¡Muy bien dicho!

Cip. Tú vienes de mi brazo.

Vic. A tu mujer le hace falta orearse un rato.

Cip. (A Prudencia.) ¡Que vienes al Canal!

Prud. ¡Que no!

Cip. ¡Que sí!

Prud. ¡Vaya un paso que voy a hacer con ustés dos, vestidos de esperpentos!

Cip. ¡Es que tú también te disfrazas!

Prud. (Con gran asombro.) ¿Que yo me disfrazo?

Cip. ¡Ya lo creo!

Vic. ¡Sí, señora; usté!

Prud. ¿Pero es que ustés creen que yo estoy como un cencerro? ¡Váyanse ustés solos!

Cip. Tóo buen marido debe ir siempre con su mujer.

Vic. Así se habla.

Cip. ¡Vitorio!

Vic. ¿Qué?

Cip. ¡Trae esa colcha! (Victorio quita la colcha de la cama.) Te voy a hacer un disfraz fantástico en cinco minutos.

Vic. (Dándole la colcha a Cipriano.) Tómala.

Cip. Estate quieta.

(Entre los dos se la ponen a Prudencia a manera de falda.)

Prud. (Resistiéndose débilmente.) Que no quió bromas; que yo soy una mujer muy seria, y no me gustan las mamarrachadas. ¿Lo oyen ustedes?

Vic. ¿Usté qué sabe?

Cip. Al pelo. Trae ese tapete. (Victorio quita el tapete que cubre la camilla.) ¡Ya verás como no hay quien te conozca!

Vic. Toma el tapete.

(Entre los dos la hacen una manteleta.)

Prud. Que me están ustés haciendo cosquillas debajo de los brazos.

Cip. Aprieta ese nudo.

Vic. Dale más caída por ese lao

Prud. ¡Y dende aquí nos llevan al manicomio derechitos!

Cip. (Cogiendo la toalla del palanganero y poniéndosela a su mujer como si fuera un turbante.) Y ahora la toalla aquí, cayendo con gracia los flecos sobre los hombros. Ahí la tienes ¡de odalisca!

Prud. (Con cierta coquetería.) ¡Cipriano!

Vic. ¡Paece que se ha escapao de un harém!

Música

Vic. Vaya una odalisca,
tú, fíjate bien.
Cip. Eres una mora
de chipén.
Prud. No pitorrearse.
Cip. ¿Tú piensas que es broma?
Vic. Paece usté una nieta
del señor Mahoma.
(Indicando ligeramente el baile.)

—

Si se coge usté el cogote
como yo, de esta manera,
y se mueve dulcemente
agitando las caderas;
movimiento de columpio,
con ligero balanceo.
Cip. Una cosa parecida
a este lánguido meneo. (Bailan.)

—

Prud. Pues me cojo así el cogote
por detrás, de esta manera,
y me muevo dulcemente,
agitando las caderas;
movimiento de columpio,
con ligero balanceo.
Cip. ¡Ay, Prudencia; ten prudencia
porque ya me entró el mareo!

—

Los dos ¡Vaya una mora
tan retrechera,
que no hay ninguno
que no la quiera!

Todos la buscan
para su harém;
pero ninguno
le viene bien.
Serás tú siempre
mi favorita,
por lo salada,
por lo bonita.
Lo que tú mandes
se hará en mi harém.
Ven con tu moro,
mi niña, ven.
¡Ay, qué harém!...
¡Ay, qué harém!...
¡Ay, qué haremos
con esta mujer! (Bailan todos.)

Hablado

Cip. ¡Y ahora al Canal! (Cogiendo del brazo a su mujer.)

Vic. ¡Eso; a enterrar la sardina! (Cogiéndose al otro brazo.)

Prud. ¿Pero me van ustés á llevar a la calle con la cara al aire?

Vic. Yo siempre tengo en el bolsillo unas narices postizas pa usté.

(Saca unas narices postizas exageradamente grandes y se las pone a Prudencia.)

Cip. ¡Al Canal!

Vic. ¡Quiá' ¡A la fotografía a que nos hagan una postal a los tres y un grupo a ca uno.

Vic. ¡A la calle!

Cip. ¡A la calle!

(Al ir a salir aparece DOROTEA con una cataplasma en la mano. Al ver a las tres máscaras se queda con la boca abierta.)

Dor. ¿Pero ande va usté con la cabeza vendada, seña Prudencia?

Vic. ¡A enterrar la sardina!

Prud. Estos que se han empeñao.

Dor. (A Cipriano.) ¡Y yo que le había hecho a usté esta cataplasma de harina de linaza con miga de pan francés!

Cip. ¡Qué más cataplasma que usté!

(Le da un golpe en la mano que hace saltar la cata plasma.)

Vic.
Cip.
Prud. } ¡No me conoces! ¡No me conoces!

(Empiezan a jugar al corro alrededor de Dorotea. De pronto deshacen el corro y quedan los cuatro frente al público.)

Vic. ¡Esta juerga va a costarnos
lo menos un mes de cama.

Cip. (Al público.)
Aquí da fin el sainete.

Todos Perdonad sus muchas faltas.

(Vuelven a formar corro alrededor de Dorotea, chillando, y cae el telón.)

TELON

Nota importante

El actor encargado del papel de Victorio ha de huir de todo movimiento o actitud que pueda indicar afeminamiento, apareciendo siempre como *un hombre vestido de mujer.*

Lo mismo debe tener en cuenta el actor que interprete el personaje de Cipriano, cuando esté vestido de destrozona.

OTRA NOTA. La colcha de la cama es conveniente que sea de color muy claro con flores grandes y vistosas. El tapete de colores, cuanto más chillones, mejor.

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición).

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original. (Segunda edición).

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La Redacción, sainete en un acto y en prosa, original.

El ama seca, zarzuela cómica en acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa, música del maestro Calleja.

El mejor de los mundos, entremés en prosa, original.

¡Que nos entierren juntos! entremés en prosa, original.

El entierro de la sardina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

---

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

Precio: UNA peseta